

LA SUBJETIVIDAD FEMENINA
O EL DEVENIR MUJER
(Trabajo de grado)

POR

ANÁLIDA LÓPEZ GÓMEZ
Estudiante de Maestría en Literatura
Asesor de Tesis: Juan Guillermo López
ID: 000259722

U.P.B
Medellín
2014

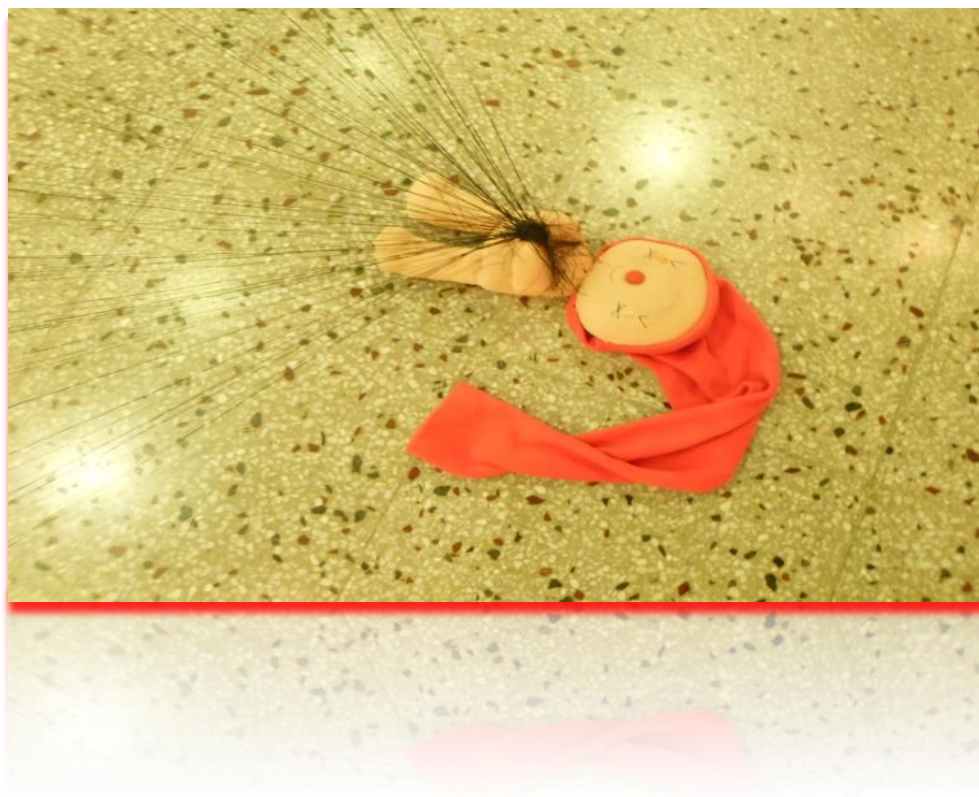
DECLARACIÓN ORIGINALIDAD

"Declaro que esta tesis (o trabajo de grado) no ha sido presentada para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o cualquier otra universidad". Art. 82 Régimen Discente de Formación Avanzada, Universidad Pontificia Bolivariana.

FIRMA AUTOR (ES)

Amílido López Gómez
ID 250722

SUBJETIVIDAD FEMENINA



1

Había aprendido mal la lección milenaria de proteger la vanidad masculina por encima, incluso, de sus sentimientos. Por eso, cuando llegó la pregunta: ¿cómo te sentiste?, sólo alcanzó a emitir un “bien” casi inaudible que, de todas maneras, él ni siquiera pareció escuchar. No le importaba, sabía muy bien la respuesta.

¹ Imagen tomada de la exposición colectiva de Mujeres artistas colombianas “La novia del viento” en la Universidad de Antioquia, en febrero y marzo de 2014.

Ambos la tenían bien instalada en sus cerebros. Habían incorporado suficientemente el protocolo que correspondía a la situación. Era entonces improbable que a él pudiese llamarle la atención, siquiera, una tonalidad de voz diferente, y menos aún, que llegaría a interrogarse por lo que pudiera esconderse allí.

Por su parte, ella se apresuró a concluir, como única explicación, que seguramente no le atraía lo suficiente. Era una realidad que tendría que aceptar; y de eso no podía culparlo. Como la Pizarnik, odió su rostro, pues lo miró “a través de sus ojos, este rostro no supo fascinarlo”.

Desde el principio tuvo conciencia de ello, no obstante fue obstinada, no podía dejar de desearlo. Hubo de pasar muchos días para que por fin sucediera. Ciega a las evidencias, persistió en su anhelo de que fuera algo hermoso. No lo fue, ni remotamente. De inmediato se sintió inhibida. Le pesó su automatismo, la congeló su parquedad, la paralizó su torpeza. En algún momento, sintió aproximarse una leve sensación que se quedó a medio camino, y aunque se esforzó por traerla de vuelta, ya se había ido.

Hubo un silencio incómodo. Quizá debió decir algo. En cambio, y sólo para protegerlo de cualquier indiscreto atisbo de duda que pudiera sobrevenirle, apresuró un beso que distrajo su enorme narcisismo. Fue suficiente, al instante, inocente como un niño, yacía plácidamente dormido, la boca abierta emitiendo sonoros ronquidos.

**“DURANTE SIGLOS, LAS
MUJERES HEMOS SERVIDO DE ESPEJO CON EL PODER
MÁGICO Y DELICIOSO DE REFLEJAR AL HOMBRE AL
DOBLE DE SU TAMAÑO NATURAL”.**

VIRGINIA WOLF



¿QUÉ ES UNA MUJER?

Persona, ciudadano, sujeto, son categorías que siempre han sido esquivas a la mujer en todos los tiempos de la humanidad. Ella, compañera del hombre en su trasegar por el mundo, y en ausencia

casi total de resistencia, se ha camuflado sumisamente ²bajo los ropajes que la historia le ha ido asignando. No ha sido suficiente hacer parte de esa otra mitad que constituye la especie humana para recoger las fuerzas y oponerse al incómodo lugar que le ha sido otorgado al lado del varón. Opta entonces por alinearse y responder como se le demanda.

¿Por qué? se pregunta Simone de Beauvoir. Si toda conciencia se afirma en oposición a otra, como lo había aprendido de Hegel, ¿por qué la mujer se queda allí pasivamente renunciando a su esencia, a su trascendencia, para permanecer en la inmanencia? *“¿Cómo es posible entonces que esa reciprocidad no se haya planteado entre los sexos, que uno de los términos se haya afirmado como el único esencial, negando toda relatividad con respecto a su correlativo, definiendo a éste como la alteridad pura?”* (De Beauvoir, 1949, p.20)

La historia muestra que frente a poderosos entramados de control que operan hacia grupos minoritarios, (culturales, raciales, religiosos) surgen en forma inherente y espontánea maneras de resistencia que en muchas ocasiones consiguen el reconocimiento de la propia identidad. “No hay poder sin que haya rechazo o rebelión en potencia” (Foucault, 1984, p. 53). Sin embargo, no ha ocurrido así con la mujer. Ha sido lento el avance de sus luchas, generalmente muy aisladas que, pese a algunos logros, no consiguen socavar las bases de una marginalidad que sigue siendo una constante universal y que, simplemente ha cambiado de semblante.

Valdría la pena preguntarse si, como sigue diciendo Beauvoir, la mujer no habrá simplemente sucumbido a la comodidad de ahorrarse la angustia que implica “una existencia auténticamente asumida”. Tener una vida regida por parámetros propios ha requerido de una dosis de valor inusual en las mujeres. No obstante,

² Fotografía: Análida López

cada vez más emergen de la historia, como de entre las ruinas, verdaderas excepciones que han escapado a los dispositivos sociales de control consiguiendo hacer de su existencia un auténtico despliegue de singularidad. Son por supuesto, mujeres transgresoras que asumen el costo, generalmente demasiado alto, que otras no están dispuestas a pagar. En este contexto es posible comprender el sentido de las palabras de Daisy cuando hace la triste reflexión a su amigo, luego del nacimiento de su hija:

“(...) Nick déjame contarte lo que dije cuando nació. ¿Querrás oírlo? Eso te demostrará cómo he llegado a este extremo sobre ciertas cosas. Bueno; ella tenía menos de una hora, y Tom estaba Dios sabe dónde...Me desperté del éter, poseída por un sentimiento de completo abandono, y en seguida pregunté a la enfermera si era chico o chica. Me dijo que era chica. Volví la cabeza y me puse a llorar. “Bueno, dije, me alegro de que sea niña... espero que sea tonta; lo mejor en este mundo para una chica es ser bonita y tonta” Verás yo creo... sea como sea, todo es terrible -continuó hablando en tono convencido- Todo el mundo piensa así, la gente más lista (...)” (Fitzgerald, 1993, p.)

Pese a la posición pasiva que las mujeres han asumido, sería equivocado pensar que la mujer ha sido completamente indiferente a su papel de segunda categoría en la cual la ha instalado la historia. Las políticas de individuación que se han efectuado en torno a ella, se han configurado cual filigrana minuciosa y sutil cuyos efectos devastadores se siguen sintiendo hoy. Podría pensarse que es la compleja naturaleza de estas maquinarias de poder lo que ha implicado para la mujer una inmensa dificultad en el proceso de lucha por la asunción de su subjetividad. Micropoderes tan efectivos en tanto operan desde múltiples frentes y direcciones pero, con matices de racionalidad tales, que han conseguido que los individuos, hombres y mujeres, los acepten como natural y participen de un ejercicio de control tanto sobre sí mismos, como sobre los otros:

“(...). El gobierno de los hombres por los hombres —ya forme grupos modestos o importantes, ya se trate del poder de los hombres sobre las mujeres, de los adultos sobre los niños, de una clase sobre otra, o de una burocracia sobre una población— supone cierta forma de racionalidad, y no de violencia instrumental” (Foucault, 1990, p.53)

Esa “cierta forma de racionalidad” garantiza en última instancia que los discursos y las prácticas que éstos buscan legitimizar adquieran el status de verdad y operen con mayor eficacia como mecanismos de control entre los individuos. Esto tiene que ver con los mecanismos de individuación en la forma de micropolíticas, de las

que habla Foucault, que se ocupan de administrar los pensamientos y las conductas.

Qué pensar, que sentir, cómo actuar, y todo aquello que conforma la subjetividad, son dictámenes que proceden de una gran máquina de poder que funciona desde muchos frentes y en muchas direcciones. En ella la religión, las instituciones, el lenguaje, son vectores macro que determinan las características y los mecanismos de individuación:

“Así, la infelicidad, la sabiduría o la debilidad de los hombres se derivará de la organización política de la experiencia en la que están inmersos. La política es entonces una máquina de producir individuos, producir naturaleza, porque es una máquina de organizar las sensaciones” (Foucault, p. 192)

ALGO SOBRE HISTORIA DE LA SUBJETIVIDAD

Es importante resaltar, que el status de sujeto, en términos de ciudadanía, ha sido una atribución histórica que, como tal, ha evolucionado. En la antigua Grecia, por ejemplo, la categoría de ciudadanos solo era otorgada a los varones nobles. Los esclavos, los extranjeros y las mujeres estaban excluidos.

Foucault en “Tecnologías del yo” (1990) nos acerca a un especial momento en el que se produce un desplazamiento de una reflexión sobre el “sí mismo” centrada en el cuidado de sí, hacia una reflexión enfocada en el conocimiento de sí. Conocerse suficientemente traería consigo un control de sí, que garantizaría la conciencia de ser un buen ciudadano, una buena persona. Este abordaje del sí mismo, centrado en el “conócete a ti mismo”, habría de inocularse fuertemente en los postulados del cristianismo.

Un profundo interés empieza a rodear el cuerpo como enemigo del alma y por ende, de la salvación eterna. Satanás aparece bajo la forma de las sensaciones y las pasiones que provienen del cuerpo y que claman persistentemente ser satisfechas.



A este temor responde la Edad Media con el enclaustramiento femenino ya que es el cuerpo de la mujer el gran incitador al pecado y, por ende, un ser misterioso y enigmático al que se le mira con gran desconfianza y que debe ser vigilado con insistencia. En aras de la necesidad de control, se le demanda absoluta sumisión al varón y se restringen sus espacios: La Iglesia, el oratorio, la casa, el tejido.

La figura de la bruja emerge en este contexto como la proyección de las más recónditas aprensiones respecto a la mujer. Con este temible calificativo se señalaba a aquella que mostrase una conducta, incluso sutil, que se apartara de los parámetros establecidos. Diríase que en ella confluyen ancestrales temores masculinos, en torno a ese ser diferente que se escapa de los rígidos patrones impuestos. El conocimiento sobre las propiedades de las plantas, por ejemplo, que poseían muchas mujeres, dada su estrecha relación con la naturaleza, hubo de desatar trágicos desenlaces que terminaron en un sinnúmero de ejecuciones por parte del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. La inteligencia en cualquiera de sus manifestaciones, e incluso la belleza, eran motivo de sospecha y persecución, hecho que contribuyó en gran medida a un mayor repliegue de la subjetividad femenina.

Pareciera que con el Renacimiento y con la explosión de las ideas humanistas se perfilaba el advenimiento de una nueva manera de reconocimiento para las mujeres como sujeto de derechos. No ocurrió así. Los derechos del hombre referidos inequívocamente al varón son proclamados con bombos y platillos, con escasa incidencia en las condiciones de existencia de las mujeres.

Con el surgimiento de los grandes metarrelatos de la Modernidad, ilusión de los hombres que luego se vendría abajo en forma estrepitosa, tampoco se alcanzó a perfilar cambios significativos en la vida de las mujeres. Allí la mujer continúa siendo un ser inesencial cuyo impulso vital se ve circunscrito en torno a roles milenarios establecidos: ser esposa, madre, religiosa. Estos roles además siguen trayendo a cuestras correlatos inversos propios de las dicotomías imperantes en el pensamiento occidental: mujer buena- mujer mala. Así, habrá cuadrículas para ubicar aquellas que se salen de los parámetros establecidos: la puta, la loca, la bruja.

Lo anterior quiere decir que, aunque la mujer en la Modernidad irrumpe tímidamente en otros escenarios y comienza a territorializar otros espacios, laboral y el académico, una dualidad en varios sentidos continúa marcando su caminar por estos escenarios. Entorno a ella, específicamente, en el ámbito espacial, se generan unos cronotopos. Lugares y horarios a los cuales ella no debe acceder so pena de ser calificada negativamente por la sociedad.

El trasegar de su vida estará marcado por una dicotomía de tipo espacial, de acuerdo al género, que marca las conductas de hombres y mujeres: el hombre seguirá perteneciendo al afuera, a la calle, a la cantina, al taller. La mujer al adentro, al hogar, al costurero, al oratorio. Esto repercutirá en muchos aspectos de la vida, por ejemplo, en la relación amorosa donde se presentará una fragmentación en la que, tanto el hombre como la mujer, deberán responder de acuerdo a guiones estrictamente definidos para tales espacios. Así, el hombre se comportará muy diferente en la cantina que en la casa. Por su lado, la mujer, en virtud de los mismos roles asignados por los espacios deberá elegir entre ser puta, mujer del afuera, de lo pecaminoso; o ser madre, mujer del adentro, de la virtud. (Garcés, 2004, p. 32)

En este mismo sentido, los albores del siglo XIX, sorprende a una mujer, tutelada por la iglesia y por las leyes, garante de la moral, protectora del hogar y de las buenas costumbres. Atrapada en unos regímenes patriarcales que la asfixian, se debate entre la iglesia, el matrimonio y el claustro religioso.

"Sería un matrimonio poco satisfactorio para ella, pero un matrimonio al fin y al cabo, y vivir en China lo haría más llevadero. Ella temía la lengua afilada de su madre. Todas las chicas que se habían puesto de largo a la vez que ella llevaban ya tiempo casadas y en su mayoría tenían hijos. Se había hartado de visitarlas y de fingir entusiasmo ante sus criaturas. Walter Fane le ofrecía una nueva vida, de modo que se volvió hacia él con una sonrisa cuyo efecto conocía muy bien. -Si fuera tan impulsiva como para acceder a casarme contigo, ¿cuándo sería la boda? (Maugham, 1994, p. 23)

Negar los adelantes que respecto al reconocimiento de los derechos humanos ha conseguido la mujer en el siglo XX y XXI, sería una necesidad. Logros como el derecho al voto, control de la natalidad, acceso a la educación, entre otros repercuten indudablemente en la calidad de su existencia. No obstante, sería también una necesidad cerrar los ojos a los grados de marginación y de alienación que sigue viviendo la mujer en gran parte del mundo. Por lo tanto la lucha por el reconocimiento de la categoría de ser humano para las mujeres en todas las dimensiones de la vida sigue cobrando vigencia. Un gran horizonte se abre y la resistencia se seguirá haciendo de cualquier forma.

Pero el mundo y el hombre han cambiado profundamente. Trascendentales transformaciones se han venido sucediendo en el ámbito de la especie en su proceso infinito de hominización. La técnica ha catapultado la virtualidad humana y ha empujado a la humanidad entera hacia límites inimaginables. Como consecuencia, la vida del hombre, sus formas de ser y de relacionarse, sufren

inmensas modificaciones. Una de ellas, de gran trascendencia, es la disolución que comienza a darse sobre la frontera que separa los géneros.

En este contexto, la lucha por el reconocimiento de la igualdad entre los sexos o por sus diferencias, ha perdido pertinencia y posiblemente requiera de un cambio de perspectiva. Quizá la pregunta, el problema, deba reformularse y ahora es sobre lo humano que debe interrogarse el hombre, sobre sus posibilidades de libertad, de creación, de desarrollo, sobre sus devenires. También, por la misma razón, el camino debe ser otro. La búsqueda de otras formas de abordarlo nos exhorta a, como diría Foucault, “pensar de otra manera”



ZOBEIDA, LA MUJER REPRESENTADA

Desde allí, después de seis días y siete noches de camino, se llega a Zobeida,



la ciudad blanca, expuesta a la luna, con calles plegadas sobre sí mismas como en una madeja. Cuentan esta historia sobre su fundación: hombres de varias naciones tuvieron un sueño idéntico. Vieron a una mujer que corría de noche por una ciudad desconocida; la veían de espaldas, con sus largos cabellos, y estaba desnuda. Soñaron que la perseguían. Cuando doblaron la esquina, todos la perdieron.

³

Tras el sueño, se pusieron a buscar esa ciudad; la ciudad, nunca la encontraron, pero se encontraron unos a otros;

decidieron construir una ciudad como la del sueño. Para trazar las calles, cada uno siguió el curso de la persecución; en el punto en que habían perdido la pista de la fugitiva, dispusieron espacios y muros diferentes a los del sueño, para que ella no pudiera escapar de nuevo.

Esta fue la ciudad de Zobeida, donde se establecieron, esperando que la escena se repitiera una noche. Ninguno, dormido o despierto, volvió a ver a la mujer. Las calles de la ciudad eran calles donde iban a trabajar todos los días, sin otro lazo de unión entre ellos que la caza del sueño. Que, por otra parte, ya habían olvidado hacía mucho tiempo.

Llegaron nuevos hombres de otras tierras, hombres que habían tenido el mismo sueño, y en la ciudad de Zobeida, reconocieron parte de las calles del sueño, y cambiaron la composición de arcadas y escaleras, para que recordaran más de cerca el camino de la mujer perseguida y así, en el punto en que la mujer se había desvanecido, no quedó ninguna posible escapatoria.

³ Imagen tomada de :1-gTaYISvhQT8yuCZSBHI1hQ (2)

Aquellos que habían llegado los primeros no podían entender lo que había empujado a esta gente a Zobeida, esa ciudad tan fea, esa trampa.

(Calvino, 1995,p 23)

Nos dice Ítalo Calvino que la fundación de Zobeida, una de sus ciudades invisibles, obedeció a un sueño común de los hombres de varias naciones del mundo: ven a una mujer, desnuda y de largos cabellos, correr por las calles de una ciudad. Tratan de capturarla sin lograrlo. Construyen una ciudad igual a la del sueño con muros para evitar que la mujer escape de nuevo.

Así se vincula la construcción de la mujer con la construcción de la ciudad, es decir con los fundamentos de la cultura. Ella se erige como representación, como imaginario masculino, como apariencia. Es la mujer ese ser al que jamás le vieron el rostro, “la veían de espaldas” por esto los hombres hubieron de inventarle no uno, sino muchos rostros. Como representación, deambula por la historia, pero sólo en condición de sujeto ausente. Así como la ciudad, la mujer se constituye como un texto en el que se leen imaginarios que habitan el deseo masculino. En consonancia con ello, la subjetividad emerge en tanto se reconoce como objeto de deseo para otro. Es decir, solo objetivándose puede ella acceder a un estatuto de sujeto. Según Teresa de Lauretis la posición de la mujer se torna paradójica: *“aun cuando la cultura tiene su origen en la mujer y se levanta sobre el sueño de su cautiverio, las mujeres no están sino ausentes de la historia y del proceso cultural”* (De Lauretis, 1992, p. 27)

Bastante polémica resulta ser la teoría psicoanalítica sobre la construcción de la subjetividad femenina: La mujer se constituye como sujeto en tanto responde a una construcción de su deseo a partir de una carencia. Esta carencia inicialmente está apoyada en el campo de lo real, una envidia de pene que, en el varón tomará la forma de angustia de castración pero, en la niña se tornará certeza de castración. Según lo anterior, la envidia de pene trasciende lo real del cuerpo para transformarse en significante fálico. Posteriormente la falta se asumirá en lo simbólico para ambos, situación que habrá de ser mucho más complicado para la niña que deberá resignarse a no tenerlo y a buscarlo en el hombre, o mejor, en el amor de un hombre. De lo cual se desprende una posible explicación acerca de la enorme dimensión que llega a tener el amor en la vida de muchas mujeres.

“En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del

vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre? Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina. Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer. No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí.” (Freud, 1931,p.58)

De esta manera, Freud nos anuncia los complejos desplazamientos del deseo a los que debe someterse la niña para devenir mujer. Si bien con los desarrollos teóricos posteriores acerca de la subjetividad este proceso se enfoca desde una perspectiva que incluye el campo de lo simbólico y del significante (el sujeto está representado en el significante, es un sujeto del lenguaje), este constructo resulta bastante problemático a la hora de explicar el surgimiento del sujeto femenino.

No es fácil para las mujeres, en especial para aquellas que han tomado el reto de reflexionar sobre su propia condición, aceptar que la construcción de su subjetividad está anclada sobre una carencia que en momentos arcaicos de la constitución psíquica fue sentida como una envidia de pene. Incluso cuando se da el desplazamiento teórico hacia el concepto de falo, consideran, y realmente es bastante obvio, que se sigue hablando del mismo órgano masculino.

En este sentido, Teresa de Lauretis, aunque le reconoce a Freud el haberse interrogado sobre la mujer, se manifiesta en desacuerdo con este postulado ya que en última instancia el autor, pese a brindar nuevas perspectivas en la construcción de subjetividad femenina, en el desarrollo de su teoría, no hizo más que obedecer a parámetros culturales de su época: *“La historia de la feminidad, la pregunta de Freud , y el acertijo de la Esfinge, tienen todos una única respuesta, uno y el mismo significado, un término de referencia y un destinatario: el hombre, Edipo, la persona humana masculina”* (De Lauretis, 1992, p. 212)

También, las nuevas filosofías contemporáneas, en la representación de Deleuze y Foucault, entre otros, niegan toda concepción del deseo humano como un constructo basado en una carencia esencial. Por esta razón, responden a Freud y al psicoanálisis aduciendo que no es precisamente la sexualidad la que va a ser la base de una subjetividad humana, ni tampoco un inconsciente profundo al cual habría que llegar mediante el acto del psicoanálisis. El inconsciente existe pero, para ser creado, producido, multiplicado.

Por eso hablar de un sujeto del inconsciente, o del deseo, en términos de falta o de carencia como estructurante, sería ir en contra del impulso vital que habita cada ser humano y que lo lleva, en su naturaleza subversiva, múltiple y heterogénea a incesantes actualizaciones como expresión de potencia de vida.

Ya Freud había desmontado la noción de un sujeto como un ser de la razón autónomo e independiente. En consecuencia, se nos impone de nuevo el desmonte de otra vieja dicotomía como es la de sujeto- objeto para proponer una reformulación de subjetividad en la que no es dado ya hablar de estructura sino de devenir.



4

⁴ Imagen tomada de la exposición colectiva de Mujeres artistas colombianas “La novia del viento” en la Universidad de Antioquia, en febrero y marzo de 2014

BELLEZA Y SUBJETIVIDAD



5

Contra toda resistencia me encuentro frente a una gran vitrina de zapatos en el pasaje Junín. Por más que me lo he propuesto, la tentación ha salido victoriosa y no pude dejar de detenerme. De pronto veo, no los zapatos que atrajeron mi atención, sino mi reflejo. Mi rostro cansado, mi mirada casi triste. Ha de ser el costo. Demasiado para mi presupuesto. Ha de ser también la culpa, por dejarme seducir así por ese par de artefactos. Hoy que no tengo ni dinero, ni tiempo. Pero, qué bueno sería tenerlos. ¡Son tan lindos! Y se ven tan cómodos. Es posible que éstos sí se acomoden a la forma extraña de mis pies. Raras veces encuentro

⁵ Fotografía: Análida López

un calzado que se me ajuste. Suelo dejarme engañar de esos minutos en los que me los pruebo mientras la vendedora me dice: "camine...sienta su comodidad" Y sí, la siento, pero luego, muy pronto, me entero de que, una vez más, no debí comprarlos: aprietan mis deformes dedos hasta la tortura. De niña trataba de ocultarlos siempre. Arrancaban bromas con frecuencia de mis crueles vecinitos, pero también de mis hermanos, de mis tías. Intenté quererlos, pero siempre demasiado consciente de su fealdad.

Me alejo rápidamente y capto cómo mi rostro gira en varias direcciones como halada por hilos invisibles hacia una y otra vitrina, que me muestra un millón de objetos. ¡Es tan agotador! Me siento exhausta y sin embargo continúo mirando, como obedeciendo a un implacable imperativo interior que no da tregua.

.....



6

⁶ Imagen fotografiada en la Feria del libro de Medellín 2014

Desde la filosofía clásica el concepto de belleza ha sido motivo de reflexión pero asociado a conceptos más espirituales que físicos. Así, lo bello era también bueno y además, verdadero y útil en el sentido de conveniente. Por otro lado se postulaba lo bello como aquello que producía placer a los ojos y a los oídos, idea que rechazó el platonismo ya que veía mal el que la belleza pudiese definirse en términos de placer únicamente.

En cualquier caso el concepto de belleza durante mucho tiempo involucró una relación objeto - sujeto un tanto distante, donde éste último como ente autónomo e independiente decidía acerca de lo bello. Criterios como armonía y proporción protagonizan mucho tiempo tales decisiones. En relación a la figura corporal los griegos cultivaron un ideal de belleza que obedecía solo a eso, a un ideal, pero no a la realidad humana.

Son los teóricos de la filosofía de la estética, que siguieron el camino trazado por Spinoza, quienes van a dirigir su atención hacia los postulados que destacan una relación estrecha entre el sujeto que conoce y lo conocido. Y desde allí, el cuerpo y las pasiones como motor fundamental de la percepción del mundo y por ende, del conocimiento. Tales postulados tienen profundas consecuencias en el abordaje del objeto no solo epistemológico, sino también estético.

Lo personal es político, así el cuerpo, lo que más le es propio al hombre, se presenta como territorio colonizado, objeto de intervenciones de todo tipo, es decir, campo de intervenciones de carácter político. En este sentido la belleza, lo que es bello, es aquello que desde los grandes poderes se ha permitido dictaminar y visibilizar como bello, asunto que puede entonces explicar los diferentes cánones de belleza que han desfilado a lo largo de la historia. Aspecto que, en cualquier caso, y esto es demasiado evidente, es la mujer, la más afectada en cuanto a estas exigencias sociales.

Atendiendo al psicoanálisis entendemos que la mujer se inaugura como tal a partir de reconocerse como objeto de deseo del otro. Ella, un ser que nunca se ha mirado a sí misma precisa de los reflejos que el otro le envíe sobre sí misma, sobre lo que es y debe ser. Esto, por supuesto, incluye su apariencia.

En pos de este reconocimiento la mujer debe hacer cuanto esté a su alcance y su mejor arma, para muchas la única, es su cuerpo. La apariencia de su exterior, su rostro y su cuerpo deben ser lo suficientemente agradables para que llame la atención favorablemente. Debe hacerse notar cumpliendo con unas coordenadas que le han sido transmitidas milenariamente, por esto su vida toma muchas veces la forma de una búsqueda desesperada tras la captura de miradas que le den señales sobre su existencia.

Percibir la belleza física, “la cuarta esencia” como la llamó Sócrates, implica acceder a una clase de encuentro en la exterioridad que reviste un carácter singular. Es ser receptor, un cuerpo afectado, por un cúmulo de sensaciones que despierta una cualidad humana que alude principalmente al sentido de la vista.



Esa experiencia vinculada de manera muy excepcional con la mirada está revestida de significativos impactos en el ámbito individual y social. Por ejemplo, la historia está plagada de acontecimientos trascendentales en los que resalta la belleza excepcional de un personaje, femenino o masculino, que tuvo notable influencia en las grandes decisiones de un estado

Ahora bien, ostentar la belleza es una condición que ha tenido mucho que ver con lo femenino. Para la mujer, la condición de ser bella puede llegar a representar un privilegio, pero también una maldición, como lo expresa Leonardo Tito Proaño en su análisis sobre el obra “La inocencia castigada”: *“(...)lo que le acontece a doña Inés es consecuencia del deseo codicioso por su belleza, su cuerpo, su sensualidad; sí porque ella posee “hermosura, por ésta le vino la desgracia, porque siempre la belleza anda en pasos de ella” (Zayas, 276)*

7

La belleza física en la mujer va a tener diferentes implicaciones de acuerdo con el contexto cultural, social o económico en el cual tenga lugar su existencia. Nacer bella, en un escenario aristocrático, no ha de significar lo mismo que esto suceda en un medio miserable.⁸ En tales circunstancias, al escasear las posibilidades de progreso, queda con frecuencia, una desafortunada opción: su cuerpo y su belleza se convierten en únicas posesiones y objetos de intercambio para la supervivencia.

Por otro lado, la belleza femenina también va a estar asociada desde la antigüedad y durante largos periodos históricos a connotaciones fuertemente

⁷ Foto Análida López

⁸ “Las preciosas” por ejemplo, dan cuenta de un grupo de mujeres de alta sociedad en la Francia del siglo XVII que se reúnen en tertulias literarias y que arremeten contra el matrimonio e incluso contra la fidelidad conyugal.

negativas en la que la mujer se percibe como un ser falso y sospechoso: *“En una mujer todo es artificial, palabras y actitudes, si una de ellas parece hermosa, es el resultado laboriosísimo de los ungüentos. Su belleza está hecha de mirra, de tintes para el pelo y de afeites, si quitas a la mujer sus artificios, se parece al ave de la fábula a la que le han quitado sus plumas”*⁹.

Es la mala reputación que siempre las ha rodeado. Son seres misteriosos y enigmáticos de quienes el hombre debe saber cuidarse. Se trata de las herederas de Pandora en la mitología griega, y de Eva en la mitología cristiana. Ellas trajeron el pecado y todos los males que aquejan a los hombres. Esos “desterrados hijos de Eva”. Por eso también reza el refrán popular: “Mujer astuta y bella mucho cuidado con ella”.

SÉ BELLA O... MUÉRETE



10

En relación con lo tratado, Adelina Sarrión Mora, en su artículo: “La pastora Marcela o la imperdonable libertad de una mujer”, cita a Fray de Jesús María cuando éste dice:

⁹ Aquiles Tacion. Las aventuras de Leucipe y Clitofonte Citado por Foucault Historia de la Sexualidad. P 243

¹⁰ Imagen fotografiada en la Feria del libro de Medellín 2014

“No hay pestilencia que así no deba ser temida de cualquier hombre honesto y recatado, como la vista de una mujer hermosa, ora sea honesta, ora lasciva porque la hermosura de las mujeres aunque sean honestas es como la de la nieve que deleita los ojos y debilita la vista, tanto ciega cuanto agrada”

En el interesante trabajo elaborado por Georges Duby y Michelle Perrot sobre Historia de las mujeres en la Edad Media, se plantea que la mujer para ser considerada bella debía tener las siguientes características: “piel blanca, pelo rubio, labios y mejillas rojos, cejas negras. El cuello y las manos debían ser largos y finos; los pies, pequeños; la cintura, graciosa. Los pechos debían ser firmes, redondos y blancos, con pezones rosados”(1990)

Por otro lado, Monpurgo en El Costume de la donne de 1536, citado en la misma obra, ofrece una lista bastante particular sobre los atributos que debe tener una mujer:

“Tres largas: pelo manos y piernas

Tres cortas: dientes orejas y senos

Tres anchas: frente tórax y caderas

Tres angostas: cintura y rodillas y “donde pone naturaleza todo lo dulce”

Tres grandes (pero bien proporcionadas) altura brazos y muslos

Tres finas: cejas, dedos, labios

Tres redondas: cuellos, brazos y...

Tres pequeñas: boca, mentón y pies

Tres blancas: dientes, gargantas y manos

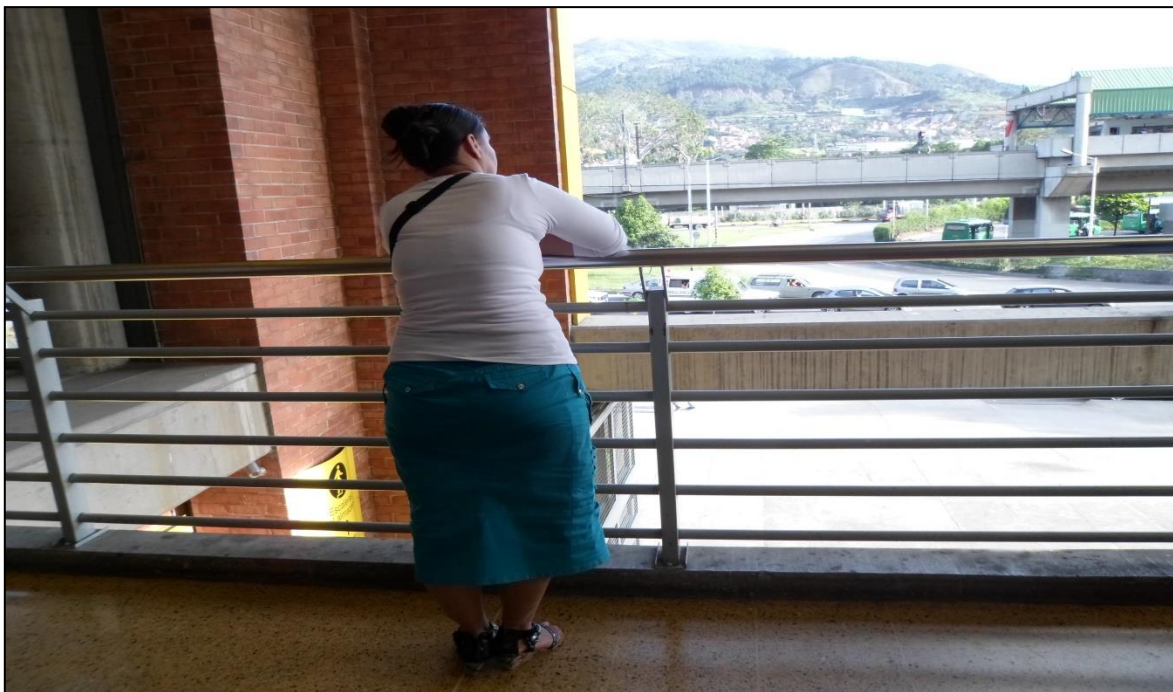
Tres rojas: mejillas, labios y pezones

Tres negras: cejas, ojos y “lo que vosotros ya sabéis”

Los estereotipos de belleza se suceden en la historia como un abanico multicolor. De ello da cuenta la obra “Historia de la Belleza” de Umberto Eco, hermosa referencia donde se hace un recorrido de los criterios que han dominado en diferentes periodos de la historia de la humanidad sobre la belleza. Desde formas abultadas a esbeltas; desde pieles pálidas a sonrosadas ; de cabellos ensortijados a lacios.

El Quijote nos sigue mostrando acerca de las evidencias de la preocupación que siempre ha implicado para las mujeres, ser bellas. De esta manera, buscando mejorar su apariencia, realizan prácticas en las que intervienen, no sólo su rostro

o sus labios para darles más color, sino que recurren a cremas y a afeites para eliminar aquellos pelos indeseables. Así Torralba utiliza “menjunjes” para “hermosearse” antes de irse a encontrar con su amado, por eso anda: *“con unas alforjas al cuello, donde llevaba según es fama un pedazo de espejo y otros del peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara”* (Cervantes, 1994, p.310)



11

“Mujer que no se maquilla es un hombre”, solía decir don Alipio con el tono seguro de quien se siente poseedor de una verdad ancestral. Por eso, su esposa se jactaba ante sus amigas de mantenerse siempre bien aprovisionada de cuanto menjurje salía al mercado. Además de preocuparse por lucir un rostro pulcro, se sabía el centro de las miradas envidiosas de éstas, cada vez que se paseaba con su esposo por el parque central, engalanada y cuidadosamente maquillada. El, a punto de estallar por el orgullo, saludaba a todos con una amplia y ridícula sonrisa. Terminado el paseo, al llegar a su casa, salía presuroso a realizar diligencias propias de su negocio. Entonces, ella se escabullía discretamente para correr a su habitación, y allí, sin que nadie la viera, quitaba sus zapatos para arrojarlos, con total indiferencia, al fondo del closet. Retiraba uno a uno sus accesorios y soltaba su cabello que caía sobre sus hombros en caprichosas formas curvadas. Finalmente, frente al espejo retiraba esa espesa capa de maquillaje que amenazaba con petrificarla. Un profundo suspiro da término a la rutina. Se acerca a la

¹¹ Foto: Análida López

cama, forcejea un poco con el pesado colchón para levantarlo y sacar, por fin, el libro de pasta dura color caoba. Su esposo tardaría unas horas, suficientes para leer un buen rato en la placidez de la hamaca, situada en el patio trasero de la casa.

“La belleza es un capital en el intercambio amoroso o en la conquista matrimonial. Un intercambio desigual en el que se supone que el hombre, el cautivador, es el único activo, mientras que su compañera debe contentarse con ser cautivante” Perrot, Mi historia de las mujeres pdf

.....

MARCELA, O EL PECADO DE SER BELLA

Marcela es el personaje del Quijote que, como una aparición, obnubila y hechiza por su extraordinaria hermosura a todo aquel que la vea. Como parte del paisaje natural, deambula por los bosques sin más interés que cuidar de su rebaño. *“cuando llegó a la edad de catorce o quince años nadie la miraba que no bendecía, que tan hermosa la había hecho, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella”* (De Cervantes, 1994, p. 209)

Huérfana en forma temprana ha de quedarse al cuidado de su tío. Contando con suficientes bienes y posesiones, no es menester que contraiga nupcias para asegurar su supervivencia. Por ello decide libremente adoptar un estilo de vida que ama y defiende: pastorear su propio rebaño, recorriendo los bosques a sus anchas, en un libre ir y venir, sin ataduras a ningún ser humano sobre la tierra. Admirada y deseada por todos los hombres, debe esquivarlos hasta el agotamiento, hallándose entonces en aquella penosa circunstancia en la que la culpan de la muerte de Crisóstomo, quien se quita la vida por su amor no correspondido.

La condición de Marcela, como la Atalanta Griega, su ímpetu, valor, honestidad y franqueza, dejan entrever la profunda simpatía de Cervantes por los derechos de las mujeres. Considerada por algunos estudiosos de temas de género, la primera feminista, representa un ser humano que se desprende de los imperativos asignados a la mujer por la sociedad de la época, en cuanto objeto sexual de y para el varón. Renuncia a ese rol para ser ella misma, renuncia a hacer de su existencia una continuidad de acciones en torno a la complacencia de otro.

En el discurso que da a los amigos de Crisóstomo cuando van a sepultarlo, Marcela hace uso de fortísimos argumentos en su defensa. Para ellos comienza hablando de la belleza, evocando los postulados neoplatónicos de la belleza interior como la más valiosa respecto a la exterior : *“La honra y las virtudes son*

adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso.. Pues la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermosean” (De Cervantes, 208)

Agrega además, que su condición de bella, en sí misma, no la hace culpable de la desdicha de quienes la desean. Para ello recurre a la imagen de la serpiente a quien no debe culparse tampoco de ser portadora de un veneno mortal: “ Y, así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa(...)” (De Cervantes, 1994, p.208)

Además de representar un argumento para la defensa de Marcela, paralelamente estamos asistiendo así a una visión nefasta de la mujer en su identificación con el símbolo del mal que es la serpiente dentro de la mitología cristiana. En el mismo sentido, cuando ella dice “fuego soy apartado”, admite, en forma inequívoca la conciencia de su poder de despertar la pasión y el deseo en los hombres.

No obstante, y he aquí lo que realmente conmueve e impresiona, Marcela se ubica con coraje en otro lugar diferente al determinado por la cultura. Es su subjetividad, su singularidad de ser humano la que ella hace valer. Nadie ha de obligarla a amar a alguien. Porque no es una consecuencia lógica amar a quien nos ama. El amor ha de ser ante todo, espontáneo y natural. Quien lo entienda de otra manera debe asumir su propia desgracia sin culpar a otros. Manifiesta entonces su incompreensión al decir: “(...) mas no alcanzo que , por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama (...) “*Por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien?*” (De Cervantes, 208)

Cuando Marcela termina su discurso, el Quijote capta la intención de los jóvenes a seguirla y los detiene enérgicamente: “

Ninguna persona de cualquiera estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Crisóstomo...a cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive.” (De Cervantes , 210)

Es muy significativo, que después de haber escuchado el frenético discurso de Marcela; y luego de haber Don Quijote prevenido a quien quisiese salir tras ella, se hubiese colocado, no obstante, como epitafio en la tumba de Crisóstomo: “*Murió a manos del rigor de una esquivia hermosa ingrata*” Con ello solo puede concluirse

que el narrador, pese a haber dado un generoso espacio para la defensa de esta singular mujer, finalmente no era de su conveniencia tomar un determinado partido al respecto.

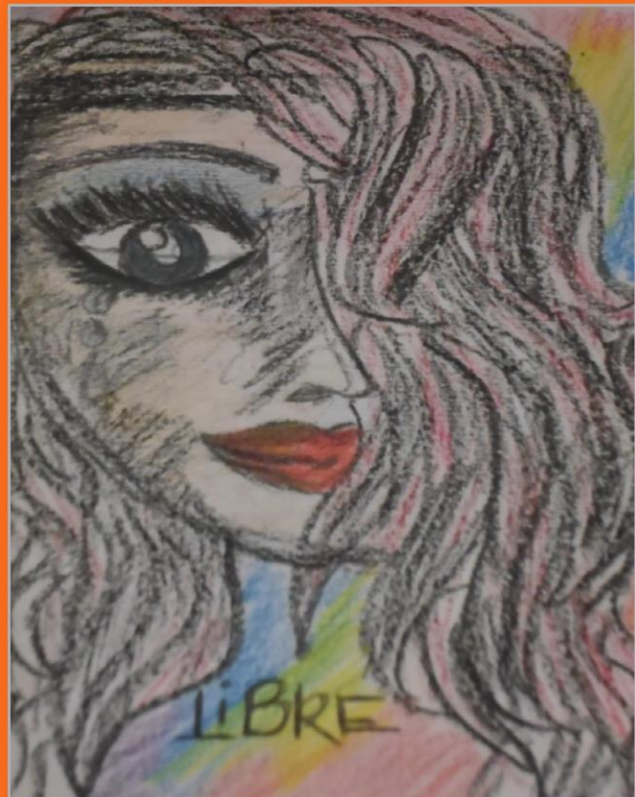
LA BELLEZA COMO ESTRATEGIA PARA LA LIBERTAD

Atravesando los siglos hasta la contemporaneidad, nos encontramos varios personajes que hacen eco de los imperativos de libertad que pulsan en Marcela: Gabriela, personaje de Jorge Amado es uno de ellos. Este autor hizo de sus mujeres verdaderos iconos de transgresión frente a los esquemas establecidos. Por eso Gabriela sorprende al lector cuando reacciona entristecida ante la propuesta de matrimonio de Don Nacib, el turco que la tiene contratada como cocinera, y del cual es amante: “-¿Por qué? -preguntó Gabriela-. No importa, no Al darle la noticia, pidiendo su mano, ella se había quedado pensativa: -¿Por qué, don Nacib? No necesita...

-¿No quieres?

-Aceptar, acepto. Pero no era necesario. Me gusta sin eso de casamiento” (Amado, 1977, p. 153)

Igual sorpresa genera Carmen de Prospero Merimeé, cuando rechaza el amor de un hombre porque antes que su libertad prefiere perder la vida. se niega a perder su libertad y en su lugar lo insta a que la mate. Reconocemos en ellas espíritus libres que enfrentan los convencionalismos y escapan a esa cuadrícula histórica que condiciona la esencia de la existencia femenina al lado del varón.



¹²En Marcela, se presenta un hecho interesante, el impacto que causa el esplendor de su belleza es tal que, atrapados por la admiración se ven irremediamente avocados a escucharla en silencio. De allí que pueda entonces visualizarse algo que a lo largo de la historia

¹² Imagen tomada de la exposición de arte moderno en el Museo de Antioquia 2014

podrá ser constatado una y otra vez. El uso de la belleza, junto a la inteligencia como estrategia para ganar un reconocimiento, un lugar, una voz. Muchas mujeres de la historia contaron con la suerte de ser, además de bellas, pudientes. Condiciones ambas que les permitieron desplegar más libremente todas sus posibilidades creativas e intelectuales. Véase por ejemplo la historia de Eloisa, o de Hipatias en el mundo antiguo.

La literatura y la historia nos enseñan como la mujer en ocasiones logra esquivar las grandes maquinarias de control para emerger como seres auténticos y libres. Como diría Deleuze, han logrado escapar por los intersticios de ese poder para encontrar su subjetividad como un devenir. Porque los parámetros de belleza establecidos como elemento poderoso de sujeción constituyen de los más importantes frentes a los que quizá deberá dirigirse la lucha de las mujeres.

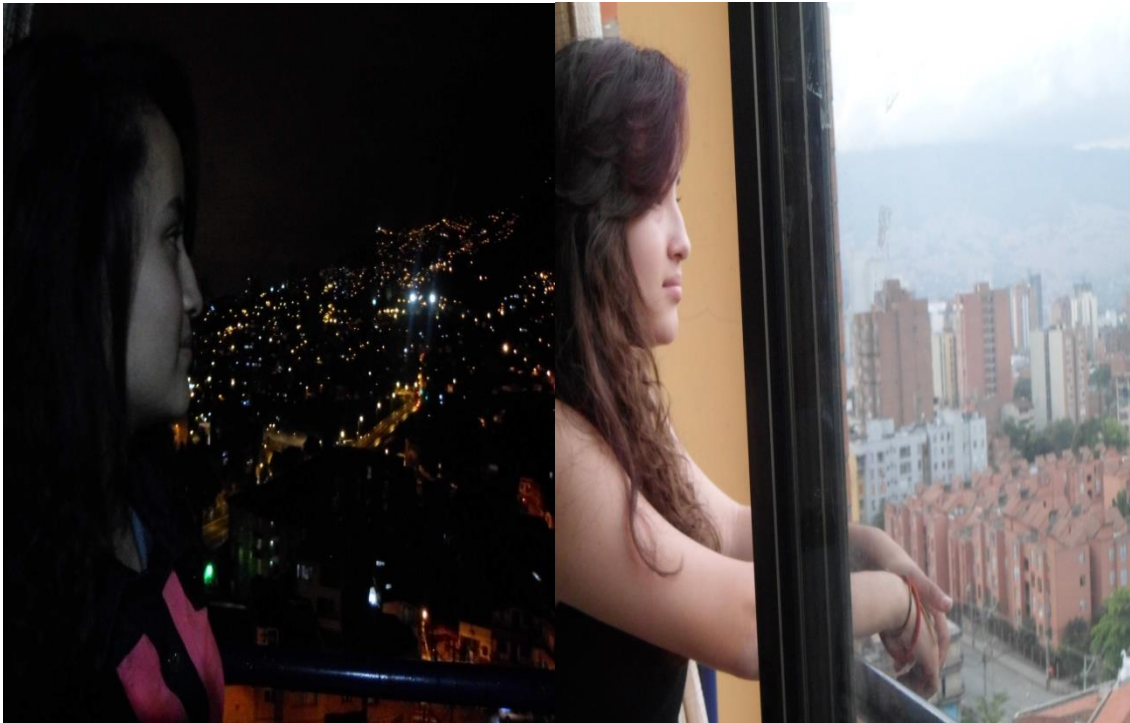
La dualidad mujer bella- mujer fea, representa una carga connotativa de gran peso que termina incidiendo de forma contundente en la vida de las mujeres. Y demuestra además otra cara de la inconveniente tendencia que siempre manifiesta el hombre de establecer dualidades en el mundo. No solo se pertenece a un género, en este caso, al femenino, sino que además habría que esforzarse también por ser bella.

“Sé bella o muérete” pareciera ser el imperativo que gobierna la existencia de las mujeres en todas las épocas. No obstante, en la actualidad, esta realidad comienza a tomar otros matices. Los adelantos tecno-científicos han desatado una avalancha de transformaciones en todos los campos del habitar humano. Y como consecuencia, el mismo concepto de género comienza a perder sus fronteras. Los imperativos de belleza arrastran en general al ser humano, independiente de su sexo biológico.

De ahí que deba replantearse el acto subversivo en términos de ir, no contra un sistema de poder unificado e identificado, (no se trata del varón, no se trata del Estado) sino contra unos micropoderes invisibles que circulan en el discurso donde la verdad y el poder se funden operando eficazmente sobre los individuos. ¿Cuáles son los “rituales de verdad” que se efectúan en torno a la belleza? ¿Cuál es su conveniencia como potenciador de vida, de creación, de libertad’?

Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos” (Foucault, 1979, p. 182)

CUERPO Y SUBJETIVIDAD



13

Me duele, me duele mucho. Por qué será que esto no le tocó a los hombres. ¿Qué pensaba Dios cuando repartió los sufrimientos del cuerpo? Ahí están mis hermanos jugando futbol en la calle como si nada, mientras yo me retuerzo de dolor en mi cama. ¡Tan bella Doña Kika! Ahí viene de nuevo con otra bebidita. Me la tomaré, por supuesto, aunque sé que no me sirve de nada. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Qué dolor!. Dicen mis amigas que esto sólo se me quitará cuando tenga un hijo. Y para eso sí que falta. ¡ay! Dios mío! ¿Por qué me duele tanto? No sé para qué me balanceo si la verdad tampoco me sirve de nada, pero, ¡Ay! ¡ay! ... como que me da la ilusión de que se me calma algo. Y me sigo preguntando, por qué a Diana no le da, ni a Mary. Por qué sólo a mí.

Las primeras veces, sentía una especie de gustico, como orgullo con este dolor, me sentía como envuelta en un halo de importancia. Me sentía grande. Al fin y al cabo ya era una mujer. Mis tías me daban consejos en susurros para que nadie escuchara: "Báñese con agua caliente, y las toallitas las envuelve bien cuando las vaya a botar para que nadie las vea". ¡Ah! No

¹³ Foto: Análida López

debía caminar descalza, ni tocar las matas, ni coger agujas, ni cargar niños cuando estuviera "así".

¡Vaya especialidad! ¿En qué estaba pensando? ¡Ay! Qué dolor...

Todos pasan y me miran como un bicho raro. Mi tío también se para en la puerta y pregunta con tosquedad. ¿Y qué es lo que tiene esta muchacha pues? Se miran mi tía Luz y Doña Kika, pero no le responden. Al menos yo no alcanzo a oír, porque se lo llevan y le dicen algo en voz muy baja.

La doctora esa a la que me llevaron dijo que eran las prosta... prosta... ¿qué? Era una palabra muy rara. Pros -ta-glan-di-nas. Sí, creo que era ésa. Pero y qué. Dijo que era una sustancia que producía mi organismo y que no había nada qué hacer. ¡Ah! También mencionó algo sobre contracciones. Pero, ¿eso no es lo que da cuando uno va a tener un hijo? ¡ay! Dios mío quítame este dolor. Doña Kika me mira con preocupación. "Tómese pues la bebidita". "Mire que me tocó ir al solar de don Libardo a coger las ramitas". "Si señora". Me la tomo. Claro que me la tomo. De pronto ¡ay , ay! ... me sirve.

Llega mi mamá, se preocupa también. "No mijita, usted si le heredó lo peor a su madrina". "Y no pise el suelo que eso le da más cólico" "Es que voy a ir al baño" "No vaya a dejar eso sucio que de pronto lo ven sus hermanos o su tío"

"Sí señora" .Me duele, me duele, me duele. Aprovecho ese poco de privacidad y lo digo en voz baja, muchas veces: "me duele, me duele, me duele". Lo pronuncio como un estribillo en consonancia con mi balanceo. Mi estúpido e inútil balanceo que de nada me sirve. Se me escapan algunas lágrimas. No quiero que me vean llorar, no quiero. Me las seco y salgo. "¿Sí le asentó la bebidita?" "sí, un poquito". "De pronto el otro mes le va mejor mija". "Sí señora, de pronto el otro mes"



14

El cuerpo, ese envoltorio del alma que siempre está mandando señales sobre su finitud (se envejece, se enferma, se estropea), hace parte de una de las grandes dicotomías filosóficas que perviven como verdad desde la Grecia clásica. Estas concepciones le asignan una especie de segundo lugar respecto al alma. Demasiado ligado a la tierra, demanda satisfacciones excesivamente elementales y mundanas que alejan al hombre de la trascendencia de las ideas. Sin embargo, como elemento estético fue bastante cultivado y se le prodigaba, especial cuidado a su mantenimiento en términos de funcionalidad para actividades deportivas o guerreras.

La iglesia judeocristiana, heredera de una cosmovisión del mundo grecorromano va a incorporar el estricto dualismo cuerpo - alma que regirá durante milenios las vidas de los hombres en la cultura occidental. De esta concepción binaria se desprenderá todo un estilo de vida y de pensamiento que afectará ámbitos tan particulares como el de la sexualidad humana.

En virtud de esa lógica binaria, Foucault nos hace ver los engranajes de poder que operan en el sujeto, en el cuerpo, como una maquinaria invisible que actúa en múltiples direcciones, niveles y frentes, los cuales él se ocupa de rastrear en la antigüedad. El cuerpo, esa materialidad que pareciera ser lo más propio del hombre, es en realidad un objeto de sometimiento y de control que reviste formas

¹⁴ Foto: Análida López

desde las más sutiles, (codificación de las expresiones corporales), hasta las más violentas (tortura)

Con el cristianismo se instaura la necesidad de vigilar, no solo las conductas, sino también los pensamientos y sentimientos libidinosos, para ello se implementan verdaderas técnicas entre



las que figuran la confesión y los exámenes de autoconciencia. En casos extremos se hizo necesario someter el cuerpo, castigarlo para lograr alejarlo de las pasiones que atentaban contra el ideal de hombre cristiano.

¿Y el cuerpo femenino? En la Grecia clásica, nos sigue diciendo Foucault, el cuerpo de la mujer fue poco valorado desde el aspecto estético, incluso fue considerado carente de gracia y demasiado ordinario. En su lugar el cuerpo masculino, especialmente del efebo, gozó durante mucho tiempo de gran reputación entre los nobles. Al cuerpo femenino solo se accedía con fines procreativos más que sensuales:

“Basta con mirarlas de cerca, son intrínseca y verdaderamente (alethos)feas, su cuerpo es poco gracioso y su rostro ingrato como el de los monos. Para enmascarar esta realidad necesitan tomarse mucho trabajo maquillaje, aseo, peinado, ollas, adornos- se dan así mismas para los espectadores, una belleza aparente que una mirada atenta logra disipar. Y además tiene un gusto por los cultos secretos que les permite rodear de misterios sus depravaciones “ (Calicratides citado por Foucault, 2010, p 242)

Poco a poco se va generando un cambio en la percepción del cuerpo femenino. La belleza corporal masculina comienza a ser cuestionada por su corta durabilidad. Demasiado pronto aparece la barba en los rostros de los jóvenes, y el tono de voz pierde también su delicadeza para hacerse más grave. La mujer en cambio, conserva durante mucho más tiempo las cualidades propias de la juventud.¹⁵

¹⁵ Imagen tomado de 10556446_357000997788709_7073302301897766547_n

“(...)Y Caricles opone el cuerpo de la mujer, que, con sus cabellos ondulados, su piel siempre lisa y “sin vello” sigue siendo un objeto de deseo, al del varón, que rápidamente se vuelve velludo y musculoso” (Foucault, 1987, p.239)

Con Spinoza asistimos a un nuevo abordaje del cuerpo. Hasta entonces éste se ha concebido como una cosa más entre las que están ubicadas en un espacio infinito dispuestas a la observación del intelecto, a la aprehensión del pensamiento. Este pensador instala al cuerpo en el lugar privilegiado de ser posibilidad y condición para el pensamiento.

El mundo es recepcionado por el cuerpo, son los sentidos los que lo perciben y es el cuerpo quien experimenta sensaciones y afecciones. Son precisamente estas afecciones las que lo constituyen, las que le reportan una referencia de su existencia, una idea de sí.

Pensadores postmodernos continúan en la dirección de Spinoza para reformular el concepto de cuerpo y su incidencia en la construcción de subjetividad. Trascienden así su definición para hacer significar como cuerpo todo objeto del universo, del cosmos, visible e invisible. “Todo existe”, el sonido, la luz, un recuerdo. Siguiendo esta orientación, la existencia se configura en la exterioridad como una realización de encuentros entre cuerpos que, en la medida en que causan y reciben un efecto, (afección, afecto) van proporcionando al hombre una conciencia de sí.

Avanzando un poco más en el desarrollo de esta perspectiva, y según los postulados de Deleuze, el concepto de cuerpo, se desgeneriza existiendo en virtud de su capacidad de afectar y ser afectado. Es allí donde podría ubicarse un proceso de subjetivación. Posibilitar encuentros que generen sensaciones y que estas a su vez se conviertan en afecciones, sería condición para un devenir sujeto, allí radica su constitución como ser, en su sensibilidad respecto de una exterioridad. Como se puede deducir entonces, hablar de cuerpo humano como totalidad, como entidad unitaria, como organismo, resulta un tanto complejo, de igual manera que lo sería seguir sosteniendo la identificación sexual, en tanto género, como infraestructura de la subjetividad femenina o masculina.

Sin embargo, desde las políticas de individuación, la mujer ha sido centro de poderosos mecanismos de control. El cuerpo femenino ha terminado siendo identificado en su totalidad con la sexualidad misma, ha sido objeto y fin del deseo masculino. En este sentido es que Deleuze exhorta a la mujer a la reconstrucción de un cuerpo sin órganos en oposición a ese organismo con funciones, conductas y sentires que le han impuesto, porque:

“El problema es en primer lugar el del cuerpo, el cuerpo que nos roban para fabricar organismos oponibles, a quien primero le roban ese cuerpo es a la joven: -no pongas esa postura, -Ya no eres una niña, -no seas marimacho, etc. A quien primero le roban su devenir para imponerle una historia o una prehistoria es a la joven. (Deleuze, 1988, p.278)

En consonancia con esto, la mujer obedeciendo a imperativos que emanan de unos poderes macro de corte patriarcal, sigue los patrones de comportamiento que a lo largo de su vida le son transmitidos, reforzados en las prácticas cotidianas y en los discursos oficiales y domésticos



16

“El cuerpo de las mujeres, he aquí lo que nos ocupará ahora. No el cuerpo inmóvil en sus propiedades eternas, sino el cuerpo en la historia, en la lucha contra los cambios del tiempo, pues el cuerpo tiene una historia física, estética, política, ideal y material de la que progresiva y recientemente han tomado conciencia los historiadores. Y la diferencia de los sexos que marca a los cuerpos es un aspecto mayor de esa historia. No es lo mismo ser niña o varón, vivir en la Edad Media o en el siglo XXI” (Perrot, 2009,p.29)

El proceso de hominización se ha disparado hacia el infinito. El mundo actual con el desarrollo de la tecnociencia y las manifestaciones de la virtualidad está presentando cambios a velocidades tales que no alcanzamos a asimilar. Todos los ámbitos de la vida humana han sido afectados. Nuevas estéticas corporales han aflorado, propiciando el surgimiento de un nuevo cuerpo hiperdesarrollado donde se actualizan las múltiples posibilidades humanas.

¹⁶ Film: Titanic Dir James Camerons 1997

De alguna manera se ha reconsiderado el ideal de belleza clásico donde se aspira a tener unas líneas y superficies corporales impecables y perfectas. La mujer entrega gran parte de su energía y de su economía para concentrar esfuerzos en disimular, camuflar y, en lo posible, borrar, no sólo lo que se considera en determinada época imperfecciones del cuerpo, de acuerdo con los patrones estéticos dominantes; sino también muchos de los procesos fisiológicos naturales. En el mismo sentido, la asepsia meticulosa del cuerpo se difunde como estilo de vida, preámbulo de la salud, del glamour, de la buena imagen. Rasurar los inoportunos vellos y detener en lo posible los fluidos corporales harán parte de rutinas diarias de belleza. Pero todo no queda ahí. La tendencia a la heterogenización, a ser otro se dispara para desatar inimaginables deseos de transformación. De éste fenómeno, Pierre Levi nos entrega una interesante descripción:

“Hoy inventamos, en la prolongación de las sabidurías del cuerpo y de las antiguas artes de la alimentación, cien medios de construirnos, de remodelarnos: dietética, body building, cirugía estética, etc. Alteramos nuestros metabolismos individuales por medio de las drogas, los fármacos, los agentes psicológicos transcorporales o las secreciones colectivas, etc., y la industria farmacéutica no para de descubrir nuevas moléculas activas. La reproducción, la inmunidad contra las enfermedades, la regulación de las emociones son prestaciones clásicamente privadas que se convierten en capacidades públicas, intercambiables y externalizadas. De la socialización de las funciones somáticas al autocontrol de los afectos o del humor por medio de la bioquímica industrial, nuestra vida física y psíquica pasa a través de una «exterioridad» cada vez más compleja donde se entremezclan circuitos económicos, institucionales y tecnocientíficos.” (Levi, 1999, p. 19)

La idea del cuerpo como un territorio intervenido de lo que había hablado Foucault toma una total vigencia en el mundo postmoderno. En él se instalan poderosos dispositivos sociales que van a incidir en las nuevas estéticas corporales. De esta manera los dispositivos no solo van afectar toda una coreografía corporal sino que también van a trascender en los rediseños del cuerpo como apariencia. Ir tras el ideal de belleza se convierte en un imperativo que, como diría Deleuze, se plantea ante el hombre contemporáneo como una gran mole o patrón a seguir.

Si bien el hombre contemporáneo es hoy, como nunca, un sujeto de la virtualidad en todas sus manifestaciones, es también cierto que a muchos pensadores actuales les preocupa el destino del hombre como ser ontológico. Las poderosas maquinarias de control que gobiernan al mundo amenazan con disolver al sujeto en su singularidad. De ello nos habla Stiegler en entrevista con Jean Cristopher Martin:

“En este sistema, la condición para captar la libido, que está en el origen de nuestros deseos, consiste en masificarla y desingularizarla. Sin embargo la libido solo puede funcionar a partir de la singularidad. Enamorarse de alguien por ejemplo es sentir que ese alguien es absolutamente distinto a los demás. La estandarización de las conductas, la destrucción de los saber vivir, que solo permiten cultivar esa singularidad, conducen a una pérdida de individuación que, a su vez, es una pérdida de la sensación de existir.” (Martín, 2011,p. 2,3)

Es una alerta que invita la resistencia frente a los patrones de individuación impuestos desde los grandes poderes. Zigzaguear, como lo propone Deleuze entre lo moral y lo molecular, identificar las líneas de fuga que permitan emerger como algo nuevo, diferente y múltiple, como un devenir.

Dicho de otra manera, abocamos ahora al surgimiento de otras nuevas formas de vivir la corporalidad, relación con los otros y con el mundo. En esto, como dice Levi, la virtualización aunque de modo confuso, nos está conduciendo. Algo es definitivo el efecto moebius atraviesa todas las esferas del hombre. Las viejas dicotomías se caen bajo su propio peso. Lo femenino y lo masculino, lo público y lo privado, lo interior y lo exterior, el objeto y el sujeto, son dualidades que pierden su actualidad para dar paso a la multiplicidad en todas sus expresiones.

Desde estas perspectivas entonces, se impone una mirada diferente respecto al cuerpo humano que incide fuertemente en la percepción de la diferencia de géneros. Dentro de los efectos más visibles de la virtualidad están los relacionados con el género. Estos se desdibujan, se pierden las fronteras. Se camuflan en las redes sociales y se diluyen cada vez más en la apariencia corporal. Cuerpo femenino, cuerpo masculino solo quedan como referencia de ciertos datos, como la edad, el sexo, la etnia. Pero respecto al deseo un órgano sexual determinado tendría ya poco que decir.

Sin embargo, una realidad sigue vigente: la mujer, en oposición al hombre como patrón universal, continúa tiranizada hoy por esquemas de comportamiento y de imagen institucionalizados y legitimizados por una cultura a la cual había que enfrentar. Cual niña de las zapatillas rojas, se ve obligada a bailar sin cesar. Exhausta, no le es posible detenerse y ahora más que nunca, pese al espejismo de equidad y reconocimiento de sus derechos que flota en el ambiente, pese a todo, “sé bella o muérete” parece ser el cruel dictamen que la sociedad le arroja.



17

El bus se detiene en el Centro de la Moda. Desde allí, mira a las vendedoras de los almacenes. No puede evitar pensar en lo cansadas que deben terminar el día. Les prohíben sentarse. Lo sabe porque ha tenido varias amigas que han trabajado allí. Además deben atraer a los clientes, sonreír siempre, invitarlos a pasar, ofrecerles lo que sea, cualquier cosa: los zapatos, el jean, el bolso. A la orden, ¿qué buscaba? –voces que encierran una mal disimulada ansiedad.

Ve un edificio de cinco pisos. Levanta la vista. Un gigantesco cartel publicitario cae en forma de pendón. Es inmenso. Demasiado para el almacén, incluso para el edificio. Fondo negro y una pareja en el centro, torsos desnudos, cuerpos lustrosos, cabellos revueltos, rubios ambos, ojos azules, ambos. Miradas a la cámara, desafiantes, felinas, sensuales dirían otros. Ella usa un jean azul intenso. Las manos de él la cubren. Se observa, sin embargo parte de sus senos. Lo suficiente para apreciar su tamaño, su enorme tamaño. El torso del joven, como el mármol, sin sombra de vello con sus músculos bien marcados.

La imponente imagen, tan esplendorosa, tan perfecta, la obnubila produciéndole un profundo agotamiento. Su naturaleza, un tanto agreste, no gusta de esos cuerpos impecables y asépticos. Prefiere, en su lugar, rasgos más elementales, primigenios talvez.

¹⁷ Foto: Análida López

Sonríe al recordar los pelos que asoman a la nariz de Pedro, y los de las piernas. ¡Ah! Cómo le gustan los de sus piernas.

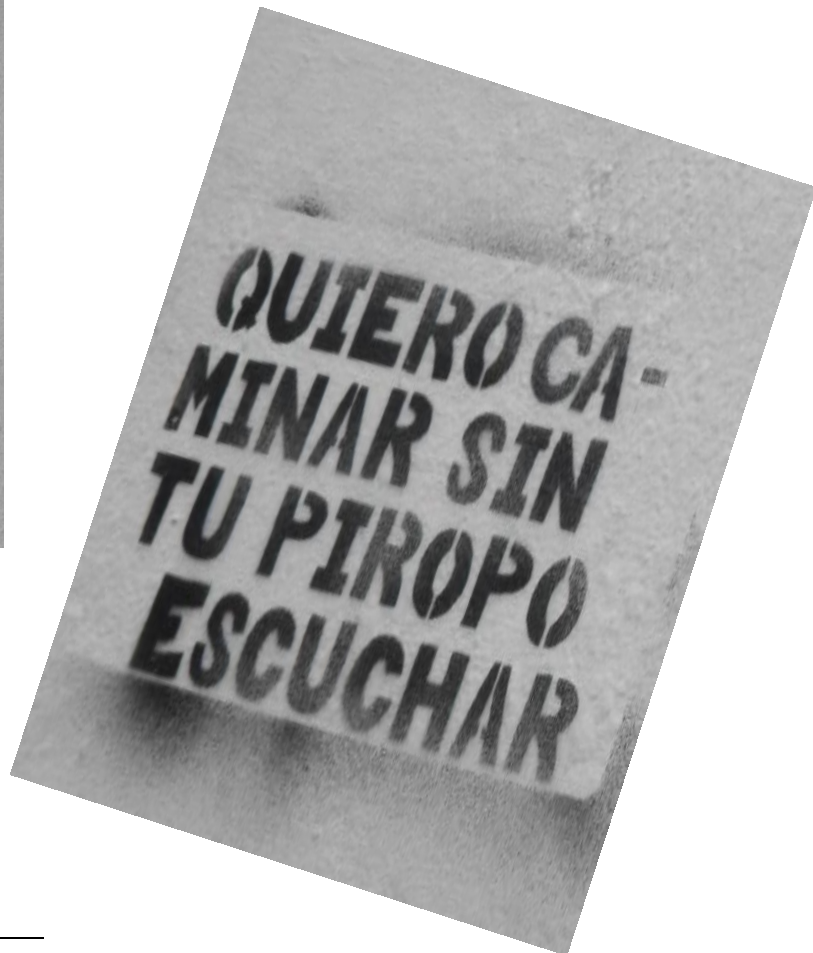
Recordó también su olor. Como ella, odiaba las lociones, los perfumes, que le causaban efectos irritantes, e incluso los sentía asfixiantes. Esa fue la contraseña, que ofrecieron mientras se oteaban con avidez en el primer beso. Además, desde niña disfrutaba secretamente de los olores fuertes, naturales, los del cuerpo sudoroso, cansado de trabajar al terminar el día.

Sonríe de nuevo. “A dónde vamos” le preguntó él una tarde calurosa, mientras buscaban un lugar para tomar una cerveza.

Le respondió como una provocación, mientras lo miraba a los ojos fijamente: “Vamos a una taberna donde hayan negros sudorosos que me miren con ganas” Él sonrió, entre desconcertado y divertido. Atrapó el coletazo de lo que parecía un disimulado reproche y no supo qué decir. Ella, algo avergonzada, no intentó retractarse. Era lo más auténtico que había pronunciado en mucho tiempo.



18



¹⁸ Imágenes tomadas de exteriores del banco
AVVILLAS Av La Playa Medellín 2014

AMOR Y SUBJETIVIDAD

Feliz Año Nuevo, Medellín

Aquella mañana, el bus intermunicipal de Cisneros la dejó cerca a la calle Colombia. Estaba desierta. Se bajó como en cámara lenta. No tenía mucha conciencia de la ruta que debería seguir para llegar hasta el paradero de Bello. A punto de desfallecer, caminó con la miraba baja. Observó los montones de basura por doquier. Platos desechables aun con sobrantes de comida, botellas de gaseosas, de licor, vasos plásticos, mil envolturas de mecato: papitas, chicharrines, cigarrillos, pedazos de cartón amorfos, descoloridos. Aquí y allá cajas maltrechas y sucias. Vio la de la licuadora General Electric,¹⁹ la de la Barbie, y otras que no se interesó por identificar. Percibió la pesadez del silencio y alcanzó a sentir un leve temor de que no encontrase transporte. La tarde plomiza y gris la abrumaba amenazando con aplastarla. Allá, sobre la acera, atravesándola, dos indigentes dormían. Al lado unas botellas de lo que parece ser restos de alcohol etílico. Un vómito la hace desviar la mirada. Se dejó guiar por su instinto. Caminó pesadamente. Su cuerpo, sus brazos y sus piernas se hacían incómodos y extraños. No eran parte de ella. Se sentía dividida, fragmentada, destrozada. Su cabeza, su mente seguía allá en aquella casa oscura y fría... esperándolo.



Referirse al amor es referirse a la subjetividad del ser humano. Ya decía Spinoza que el amor es “una alegría acompañada por la idea de una causa exterior” y por tanto es un encuentro que produce una afectación, la misma que todos los

¹⁹ Foto: Análida López

humanos habrán de buscar en el transcurso de sus vidas. En ello se juega la subjetividad ya que el hombre se constituye como sujeto en tanto la cantidad y la calidad de relaciones convenientes que pueda establecer, esto es que le generen alegría, que le potencien su ser y su vida.

Abundan las referencias al amor femenino como el fin y centro de toda su existencia. Como tras una mariposa la mujer dirige su destino hacia la búsqueda del amor. El amor como totalidad, como absoluto, como plenitud. Ideal imaginario de completud, en términos psicoanalíticos, al que jamás podrá acceder. Así se enfrenta una y otra vez a una imposibilidad que la hace eternamente infeliz porque ese otro que cree, la colmará de felicidad, pronto la decepcionará. Obstinada, emprende una nueva búsqueda.

Las canciones populares conforman todo un tratado conceptual acerca del amor, en el que este sentimiento se convierte en la única razón de la existencia: *“Qué vacío hay en mi alma / que amargura es mi existir/siento que me haces falta/ yo no sé sin ti vivir/Vuelve pedacito de mi vida yo te lo suplico por Dios/ no hagas desdichado a mi corazón.”*²⁰ De igual manera, abundan en la literatura referencias al amor en iguales términos. Podría decirse que la literatura misma tiene como objeto de tratamiento el amor en todos sus matices, pero en especial en las consecuencias devastadoras en el alma de quien lo padece.

Emma Bovary²¹, por ejemplo se configura como un representativo personaje del efecto arrasador que la búsqueda del amor ideal causa en la vida de una mujer. Apenas se acaba de casar, cuando ya es presa del desencanto:

“Antes de casarse Emma había creído estar enamorada; pero como la felicidad que esperaba de aquel amor no había hecho su aparición, pensó que se había equivocado. Y se preguntaba intrigada qué es lo que había que entender concretamente en la vida por palabras como dicha pasión y ebriedad que le habían parecido tan maravillosas en los libros” (Flaubert, 1993, p. 41)

Incluso, luego cuando está disfrutando aun de su romance con León, uno de sus amantes le sobreviene sin ningún motivo aparente la angustia del hastío: *“todo es mentira”* se dice al constatar su decepción en el fondo de su alma

Otro personaje que se erige en la literatura para mostrarnos lo que puede hacer el sentimiento del amor en el espíritu humano, es la maravillosa Ana Karenina. Su posición es diferente a la de Emma, ya que se acopla más a los imperativos sociales: presenta mayor moderación en sus acciones y además es buena madre. Pero, ella, como Emma sucumbe a las presiones sociales de la sociedad que no

²⁰ Canción de Celina y Reutilio: Pedacito de mi vida

²¹ Personaje principal de Madame Bovary, obra de Gustavo Flaubert

da tregua a la mujer que osa arremeter contra los principios morales de la época. Y de esta manera cae en la desesperación aferrándose al amor de Vronsky a quien percibe como última razón de vivir. El miedo a perderlo la atrapa en un círculo vicioso en el que sus actitudes terminan ahuyentando a su amante más que atraerlo:

“Pero, de todos modos, su preocupación principal era ella misma, su persona, el deseo de aparecer siempre hermosa a los ojos de su amado, para que no echara de menos todo lo que él había dejado por ella. El deseo, no sólo de agradarle, sino de servirle, se había convertido en el fin primordial de su vida. Vronsky se sentía conmovido ante tanta abnegación; pero, al mismo tiempo, le pesaban las redes amorosas con las cuales Ana quería retenerle. Cuanto más tiempo pasaba, más cogido se sentía en ellas y tanto más deseaba librarse o, al menos, probar si estaban estorbando su libertad.”
(Tolstoy, 1985, p.206)

En última instancia, ambos personajes no hacen más que dar cuenta de lo indescifrable que termina siendo la subjetividad femenina. La enajenación de la mujer arroja sus más dramáticas evidencias en la historia, en la literatura y en la vida misma, especialmente en el escenario del amor. Ese ser misterioso deja a su paso desconcierto y desconfianza en tanto no halla acomodo a lo que el varón le ofrece.

Apelativos como caprichosa, inconstante, frívola, inestable, entre otros finalmente expresan la condición de un ser que forcejea en su molde ansiando la libertad. Es su manera de gritar su malestar frente a lo que la historia, la cultura, la sociedad espera de ella. Por esto De Beauvoir continúa diciendo acerca de la imposibilidad de la mujer de encontrar su esencia en el amor tal como se le ha prescrito desde los discursos oficiales:

“Pero lo que sucede a menudo es que la mujer no logra transformar en un dios a ninguno de los hombres a quienes conoce. El amor tiene menos lugar en la existencia femenina de lo que a menudo se ha pretendido. El marido, los hijos, el hogar, los placeres, las cosas mundanas, la vanidad, la sexualidad y la carrera son mucho más importantes” (De Beauvoir, 1984 p. 638)



En este momento, quizá sea útil acudir a las propuestas delezianas para abordar de una manera, más fecunda para la comprensión de la problemática del amor. Resulta esclarecedor mirarla a partir de la perspectiva de las dualidades trazadas desde las políticas de individuación, hombre mujer. Así, no es difícil entrever las consecuencias que en las relaciones entre los sexos ha traído esta dicotomía. Las prácticas culturales y sociales que resultan de esa división donde todo está codificado y prescrito han sido nefastas para la emergencia de verdaderos sujetos en libertad.

²²Los protocolos de comportamiento social, individual, sexual, heredados de la poderosa maquinaria cristiana, terminan siendo realmente mutiladores de ese motor de vida que debe impulsar a todo ser vivo. Respecto al amor, tanto el hombre como la mujer se ven abocados a actuar en forma contradictoria con sus propios deseos. La mujer debe resistirse al hombre como estrategia para ganarlo, a lo cual él deberá responder también, ocultando sus verdaderos deseos. En relación a esto Umberto Eco, refiriéndose al amor cortés, dice: *“De ahí las fantasías de un amor que se aplaza constantemente, en las que cuanto más inalcanzable se considera la mujer, más se alimenta el deseo que enciende”* (Eco, 2010, p. 164)

Debido a lo anterior, cabe entonces aceptar la invitación de Deleuze y Foucault a resistir y enfrentar esa lógica binaria que a nadie ha sido útil. Deslizarse por esas líneas de fuga para ser otro siempre y en forma incesante. Esquivar los lineamientos impuestos en un ir y venir, a manera de zigzag para no ser capturados, cercados, definidos. No comportarse como mujer, sino devenir mujer, pero también animal, pero también molécula. Es claro entonces que no se alude a la mujer como sexo, se alude al ser humano, hombre o mujer como un sujeto en estado de cuerpo, un estar siendo.

²² Foto; Análida López

EL PRIMER AMOR

Desde que la vio solo deseó hacerle una pregunta: ¿Preguntó por mí? Su amiga saborea el instante antes de responderle. La embarga una sensación un tanto perversa, ese dejo de sadismo, teñido talvez, con tintes de secreta envidia.

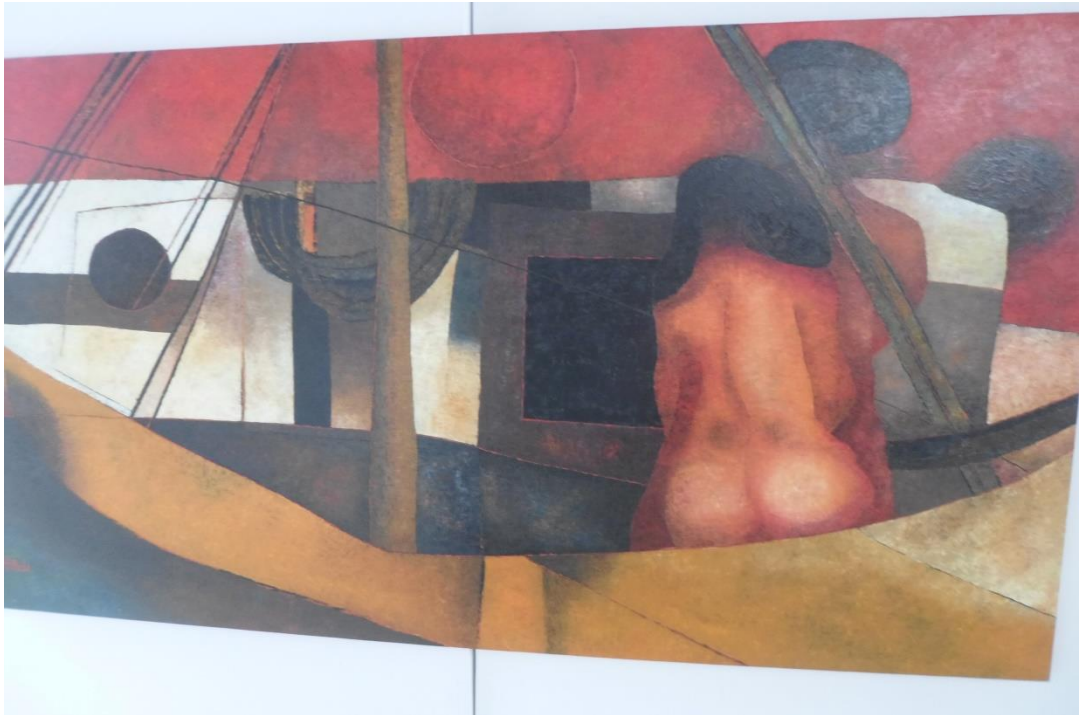
La joven revisa su rostro con ansiedad. Hurga en él buscando un indicio que le dé una esperanza. Lo encuentra impasible. Repite la pregunta: ¿Te preguntó por mí?

Finalmente, se quiebra la resistencia y el sincero afecto que da el lazo de amistad tantos años compartidos, sale triunfante. Una amplia sonrisa la traiciona. Toma de las manos a su amiga mientras la mira de frente, tan cerca que pareciera querer besarla. Ahora sonríen ambas. Pero aquella espera oír las palabras de sus labios. Cierra los ojos para degustar lo que sabe será una melodía para sus oídos.

Salta una. Salta la otra. Dan brincos en círculo como en un rito tribal. Y como quien anuncia el acontecimiento que salvará a la humanidad entera, la recién llegada grita entre carcajadas: ¡¡¡Que esta noche te llama!!!



EROTISMO Y SUBJETIVIDAD



24

Habían llegado allí sin pensarlo, únicamente con la idea de hallar un lugar donde poder estar a solas. Algo que ninguno de los dos se atrevía a confesar. Era un pueblucho a la orilla de la carretera y estaba desierto a aquella hora del día. Hacía calor, ella observó aquel rostro cubierto de sudor y lo encontró realmente hermoso. A su mente acude la letra de una canción: "míralo, míralo ángel desnudo bañado en sudor..." Juega con los boleros de su blusa. Se ruboriza.

Recorren las calles tomados de la mano. No hay itinerario, sólo deambulan. Hacen bromas tontas y ríen por todo y por nada. Atraviesan la plaza, pasan ante una banca, se miran y aunque hay un imperceptible ademán de querer sentarse, no lo hacen. Tuvo temor él, de tenerla tan cerca y no poder ya resistir los deseos de abrazarla. Tuvo temor ella, de que por fin la besara bajo ese sol ardiente. Continúan la marcha. Sus manos siguen

²⁴ Imagen tomada de exposición de arte moderno del Museo de Antioquia. 2014

deliciosamente enlazadas. La temperatura aumenta, y ahora es ella quien se sofoca. Han llegado a la puerta de la iglesia. Es imponente, lo único imponente que hay allí. Está abierta y entran. Quizá podrían refrescarse un poco. Hay mucho silencio y está vacía. Caminan, sin hablar, hasta el pulpito. Ella sonríe turbada, la asalta la imagen de una pareja de novios que hace su recorrido hacia el altar para recibir el sacramento del matrimonio. Qué extraño, el calor no se va. Ahora las manos han comenzado a sudar, y pese a ello continúan unidas, entrelazadas, en una rara terquedad.

La virgen del Carmen, desde el fondo del gigantesco cuadro de bordes dorados, los mira impassible. Entre tanto, las manos fuertemente unidas, parecen haber cobrado vida propia. Los dedos se desanudan lentamente, para inmediatamente volver a asirse, a frotarse, a estrujarse, a apretarse. Primero suave, luego, desesperada, impúdicamente. No se miran, en cambio, corresponden a la mirada de la virgen. Diríase, por la expresión extasiada de sus rostros, que cada uno hace una fervorosa plegaria a la madre de Dios. Entonces, tras cruzar una mirada furtiva, las manos, desatadas ya, y perdiendo todo control han ido a parar, las de él, a los botones de la blusa de boleros que ceden de manera increíblemente fácil; las de ella, han corrido presurosas para rodear el cuello del hombre, para recorrer luego su espalda, para acercar, con irresistible vehemencia, ese hermoso cuerpo sudoroso contra el suyo, mientras sus bocas ya se han encontrado en un profundo y frenético beso.

Desde la cultura grecorromana asistimos a un desplazamiento de tipo ético que va a traer consigo importantes implicaciones en la cultura occidental. El cuidado de sí, como imperativo de vida, queda atrás para dar paso a otro principio de vida: el conocimiento de sí. Conocerse a sí mismo, ese saber sobre sí que comienza a constituirse como pilar de la subjetividad, es entonces el eje sobre el cual el individuo comienza a ser capturado mediante prácticas que apuntan a un deber ser, sentir, pensar, decir.

Aquí se localiza una especial objetivación del cuerpo como lugar localizado de la sensualidad y como espacio para el ejercicio del poder. Foucault se referirá a ello desde el concepto de tecnologías del yo en tanto están dirigidas a ejercer control del individuo y sus relaciones desde sí mismo, se trata de técnicas que:

“(...)permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad”.(Foucault, 1990, p. 41)



25

Ese control interiorizado sobre el cuerpo en las mujeres, es bastante visible durante los siglos XVIII Y XIX. Es abundante, y muy extenuante, la coreografía gestual y corporal que se exige a las mujeres de entonces²⁶. Paralelo a ello, el cultivo del pudor sexual como una norma de conducta, las inhabilitaba para el ejercicio futuro de una sexualidad placentera. Se les instaba a la discreción y al silencio, pero a su vez, eran motivo de desprecio y reproche por tal actitud. Sor Juana Inés de la Cruz, lo percibió con exactitud *“opinión ninguna gana/pues la que más se recata/ si no os admite es ingrata/ y si os admite es liviana...”*²⁷

Las relaciones sexuales le fueron reguladas desde la antigüedad, negándole a la mujer la licencia para el disfrute de estas. Se diría que no deja nunca de manifestarse la profunda desconfianza que la mujer, y en especial la sexualidad

²⁵ Imagen tomada de exposición en la Casa de la Cultura del municipio de Sonsón- 2014

²⁶ Vease películas como El Titanic (1997) u Orgullo y prejuicio (2013) donde se explicitan muchos de estas conductas que resultan realmente agobiantes .para las mujeres.

²⁷ Redondillas. Poema de Sor Juana Inés de la Cruz. Escrito en 1689

femenina genera en el hombre. Sofocar su sexualidad a la cual conciben con sospecha y malicia pareciera ser el interés general:

“(...) como podría haber semejante reciprocidad si las mujeres son embusteras, si tienen su propio placer, si se entregan, sin que los hombres lo sepan, a secretos desenfrenos? ¿Cómo podría haber un intercambio válido cuando los placeres que su apariencia hace suponer no son más que promesas vanas” (Foucault, 1987 p. 244)



28

Sor Juana Inés de la Cruz

Por medio de las prácticas sociales y discursivas, el deber ser se incrusta en el sujeto. Prácticas que por supuesto, y muy especialmente objetivizan el deseo regulando su ejercicio como parte fundamental de las relaciones entre los hombres. Así, todo individuo sabrá actuar en el escenario amoroso de acuerdo con unos protocolos establecidos. En el mundo capitalista, el erotismo, la sexualidad, el cuerpo femenino como representación de esta aparece hipercodificado como gancho que hace juego a dinámicas del mercado

(...) hay una formalización de lo visto, de lo tocado, de lo dicho, de lo escuchado (...) la infelicidad la sabiduría, o debilidad de los hombres se derivará de la organización

²⁸ Imagen:<https://www.google.com.co/#q=imagenes+de+sor+juana+ines+dela+cruz>

política de la experiencia en la que están inmersos” (Pardo, 1992, p.192)

Como decía Stiegler: refiriéndose a la sociedad de consumo y su incidencia en las capturas del deseo: *“para fomentar el deseo de consumir, los comportamientos de los consumidores son formateados y sus deseos prefabricados artificialmente”*. En este sentido, la sexualidad, como lugar de lo personal y lo privado, es invadido por imperativos que trazan implacablemente directrices sobre el deber ser. Es allí donde se concentran los mayores esfuerzos de control porque es ese precisamente el ámbito más indomesticable del ser humano, el deseo.

Ese conflicto con el deseo que la cultura plantea, es el que aparece con frecuencia en el diván dice Freud. La cultura no ha sido nada amigable con las pulsiones, el individuo debe reprimirlas como condición para pertenecer al grupo social. Cuando es fallida esa negociación aparece el deseo como síntoma en la histeria, la neurosis o la locura.

No obstante, la singularidad se resiste. Se escapa por las líneas de fuga para hallar los campos de relaciones que permitan el despliegue del ser en toda su potencia. Allí donde los choques entre los cuerpos hagan surgir algo nuevo y diferente. Esas fuerzas que permiten que el sujeto emerja como devenir. Es lo quizá podemos vislumbrar en la canción popular que interpreta Alejandra Guzmán en la que describe las características físicas de su amante, bastante lejos de lo tradicionalmente esperado:

*“Los mechones de tu pelo negro crespo,
tus caderas afiladas y escurridas,
esa barba que raspaba como lija
y tu sonrisa retorcida
son lo mejor que hay en mi vida”²⁹*

Se vislumbra en las anteriores líneas un desacato a los imperativos sociales, de belleza y de deseo que el medio propone, y con ello un intento de rescatar la singularidad de este sujeto femenino en particular. Hoy asistimos a la exacerbación de unas coreografías corporales aprendidas y aprehendidas que se suceden en todas las relaciones humanas y por supuesto, en la relación sexual. Se han incorporado a las conductas lo suficiente, para que en ella, solo emerja un individuo escindido que responde de acuerdo a los parámetros establecidos por la cultura.

²⁹ Canción : “Hacer el amor con otro” de Alejandra Guzmán

Como lo plantea Foucault, es precisamente en el ámbito de la sexualidad donde se puede hallar los más fuertes mecanismos de control de los individuos. Paradójicamente reciben un mensaje en el que simultáneamente se pide pudor y explicitación de lo que se hace. Es decir, se pretende silenciar la sexualidad y a la vez hay una exhortación a hablar permanentemente de ella.



30

Pero es allí, en el campo de la sexualidad, donde precisamente los dispositivos de control fracasan. Pues si existe algo realmente indomesticable, escurridizo e ingobernable es la sexualidad. Allí es donde más se va a manifestar los núcleos de resistencia que surgen como elemento constitutivo e inherente a cualquier manifestación de poder. Los núcleos de resistencia que siempre enfrentarán las condiciones impuestas desde unos lugares amos.

En esta misma dirección, es importante resaltar que es precisamente en los intersticios de la sexualidad, en los flujos del deseo donde aflora en el sujeto un devenir mujer, que es la puerta de todos los devenires como bien lo señala

³⁰ Imagen tomada de cartel publicitario hallado en la Universidad de Antioquia ,2014

Deleuze:

"(...)saber amar no es seguir siendo hombre o mujer, es extraer de su sexo las partículas, las velocidades y lentitudes, los flujos, los n sexos que constituyen la joven de esa sexualidad. Pues la propia edad es un devenir niño de la misma manera que la sexualidad, cualquier sexualidad es un devenir-mujer, es decir, una joven(...)" (Deleuze, 2004 ,p. 279)

Alcanzó a ver el autobús detenido. Quizá si corría un poquito podría alcanzarlo. Aceleró el paso, llegó hasta la puerta. Miró desconsolada. No había ya lugar. El bus estaba atestado de gente. En medio del asfixiante calor escuchó al conductor que gritaba con voz chillona: "un poquito para atrás, señor" "Colabóreme ahí, el señor de camisa roja". Adentro, el señor de camisa roja (¿roja o fucsia?) se mueve un poco, lo justo para abrirle un espacio. Un joven la mira y en un rapidísimo ademán la invita a subir. En un instante está arriba, en el tope de la puerta.

"Cuidado ahí que voy a cerrar" dice el conductor

Debe estrecharse mucho hacia el joven, que la sigue mirando. ¡Si pudiera pasar la registradora! Pero eso significaría pasar demasiado cerca de él. Lo observa por el rabillo del ojo. Es alto, y muy apuesto. Su cabello es muy negro, o quizá castaño. Y sus ojos...sus ojos...No quiere mirarlo. Finge ver hacia otro lado, pero no hay otro lado. Otra persona acaba de subirse y ha quedado detrás de ella. ¡Si pudiera pasar la registradora! Al fin y al cabo, será la última en bajarse.

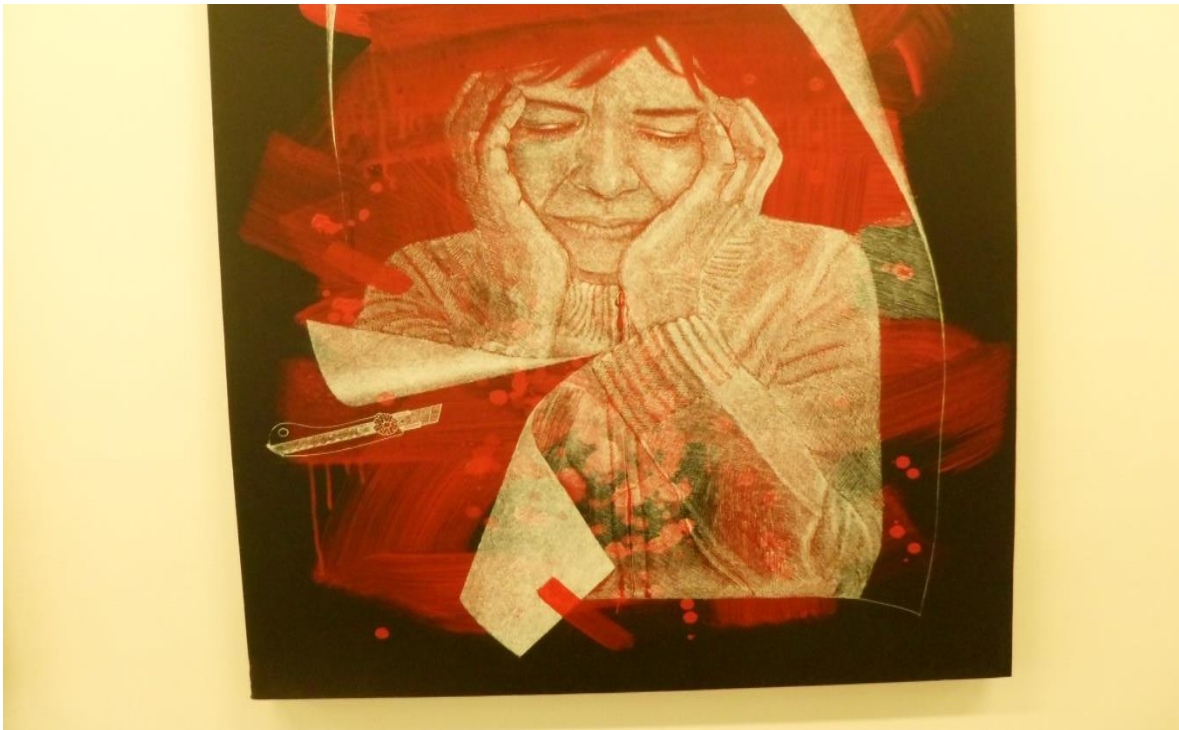
Una señora, igual de apretujada, pero algo mejor ubicada la mira con un aire de compasión. Como obedeciendo a un código secreto y con un gesto de solidaridad, tan rápido como imperceptible, le señala un pequeño lugar que acaba de despejarse. Capta el mensaje, pasa la registradora, y en segundos ocupa el lugar. Ha quedado exactamente frente a frente con el joven, que la sigue mirando. Constata su estatura y la de ella. Harían buena pareja. Así, en esa posición cualquiera pensaría que tienen una relación. Así, de frente, justo para un abrazo...o quizá un beso. Se sorprendió invadida por extrañas sensaciones. ¿y si fuera el comienzo de algo? ¿Y si le hablara? Mantuvo su rostro bajo como correspondía a la situación. Levantar la cabeza sería mirarlo a los ojos, podría parecer atrevida, insinuante. O lo peor: descubriría su terrible turbación. ¿Cómo se llamará? Tiene aspecto de Felipe o Camilo. Miró sus jeans, algo gastados, pero sin rotos. Odiaba esas modas de rotos. ¡Vaya cuento de las empresas para deshacerse de los imperfectos! Dizque la "última moda". Desvió su mirada hacia

su mochila. Se avergonzó: tan feíta, tan deshilachada. Levantó la cabeza en un intento por ahuyentar esa sensación. No encajaba con ese momento. Se dispuso a disfrutarlo. Sí. Admitió de pronto el gusto que le producía la extrema cercanía con Felipe o Camilo o Juan. Era tan excitante. Pensamientos lujuriosos se vinieron como ráfagas. Así tan pegados el uno al otro. Como sería si... Se abandonó a la fantasía, casi sintió su cuerpo desnudo, sus besos y sus abrazos. ¿La estaría mirando aún?

"Permiso, permiso, permiso". Escucha que dicen. El encanto se ha roto. Han de darle espacio a la señora que va a bajarse. No hay ya excusa para mantener la misma posición. La señora baja y a ella solo le queda correrse hacia el centro. Ya no lo ve. Lo ha perdido. Siente una absurda tristeza, un pequeño duelo la invade. Lo vive en el trayecto a su casa.

Su madre la recibe. ¿Hiciste la vuelta? -Le pregunta-

-Claro, acá está el recibo. Toma la mochila. Hunde su mano en ella, busca su billetera. Allí guardó el recibo, junto a sus papeles, su cédula nueva, el carné de la universidad, la foto de Meli, su sobrina. No está, nada está. La ha perdido.



LOS DEVENIRES DE EMMA



“Tropezaríamos con muchas Emmas en cualquier rincón del mundo, en la calle, en los almacenes, en los bares, en la universidad, en la empresa, en los lugares menos esperados”

Nelly Vélez Sierra

UN TINTO PARA MADAME BOVARY

“Pasajeros con destino a Turbo favor abordar el avión por la puerta tres.” Se oyó decir por el altavoz en el aeropuerto.

Penélope, junto a su esposo y Alejandra, su compañera de oficina, esperaban hacía un buen rato a Elkin, con la carta, que ya tardaba demasiado en llegar. Con la bebé en sus brazos e incapaz de pronunciar una sola palabra, (conocía a su esposo y sabía que en aquellas circunstancias, hablarle era lo peor que podía hacer), Penélope se concentró en entretenerla, mostrándole y escondiéndole un llavero descolorido. El juego divierte a la niña, y de alguna manera, sus risas desvanecen en algo la tensión que se respira.

Elkin no llega y ya han hecho el segundo llamado para abordar la sala de espera. Aparece, por fin, en medio de la multitud. Caras serias y seños fruncidos lo reciben. Él, articulando unas confusas palabras a manera de excusas, entrega el esperado documento.

Se marchan presurosos casi sin despedirse, dejando a Penélope frente a Elkin, sin que entre los dos haya mediado presentación alguna. Solo entonces se miran y una tonta sonrisa emerge como recurso a la turbación que los envuelve. El salva la situación: “¿Podría... ofrecerle un tinto o algo?”

En realidad, quería de esa manera disculparse indirectamente con su jefe, o quizá, un poco con su esposa. La frialdad de la despedida, la había alcanzado también a ella, y eso le proporcionaba una incómoda sensación de culpa. Un cierto sentido de justicia se revolvía dentro de él. Fue su tardanza, lo que propició el contratiempo. ¿Por qué entonces percibió una leve hostilidad hacia ella en el momento de alejarse?

Penélope, No pudo negarse. ¿Para qué regresar tan pronto a su casa? Su esposo no volvería hasta el lunes, y la verdad, eso estaba muy lejos de entristecerla. Poco dada a profundas reflexiones sobre su actuar, no se le ocurrió pensar en lo inconveniente que pudiera parecer la situación. Y en esa como en tantas otras, simplemente contestó obedeciendo a un deseo espontáneo de permanecer fuera un rato más. Además, aquel joven parecía realmente amable y tenía unos hermosos dientes.

Pronto estuvieron a la mesa esperando el tinto. La pequeña, ahora sentada en el centro, es sostenida por los brazos extendidos de su madre. Él asiste a un cuadro, que, aunque lo conmueve, le despierta también un instinto seductor siempre latente: Una joven madre cuyo severo esposo viaja todo el tiempo, está allí con su pequeña niña tomándose un café con un desconocido, que es él.

Algo ocurre entonces. Se presenta el accidente más predecible de todos. La niña ha volcado los dos vasos, el líquido se vierte por toda la mesa y luego cae al piso. Rápidamente la madre ha debido levantarla para evitar que se queme. Acude el

mesero solícito a limpiar, y ella, absolutamente abochornada, se despide precipitadamente. En su partida, alcanza a escuchar: “Le debo un tinto.”

Fue después de algunas semanas que volvió a verlo. Se encontraron a la salida de la oficina del esposo. Allí estaba él con su encantadora sonrisa. “Ajá, por fin la veo”. Le dice.

Entendió el doble mensaje. Ese “por fin” solo podía significar que había esperado verla, que incluso, pudo haberla buscado, y eso la halagó profundamente.

“Le debo un tinto”. Lo pronunció de nuevo y esas palabras se tornaron de pronto las más seductoras jamás escuchadas.

“Bueno, ¿y qué tal ahora?” se atrevió a decir. Se le había escapado antes de que lo pudiese considerar una imprudencia.

Salieron. Uno de los dos mencionó cerveza en lugar de tinto. Hubo de ser él. Ella era demasiado recatada para permitírselo. Y de pronto estaban allí en aquel misterioso lugar hablando sin parar como dos adolescentes. Irradiando chispas de entusiasmo y de deseo por los ojos, atrapados en una deliciosa atmosfera que presagiaba ya una irremediable cita de amor.



“Madame Bovary es la novela de la virtualidad”

Michel Serres

Pensar el ser humano de otra manera, como propone Foucault, es entrar en una aventura epistemológica verdaderamente fascinante. Hacernos la pregunta de por qué pensamos y actuamos como pensamos y actuamos; y quién decide lo que hay que pensar, son preguntas que remiten a momentos remotos en el tiempo, pero muy especialmente a una mirada introspectiva del hombre sobre sí mismo

Desde Spinoza se nos ha permitido enfocar al hombre como un ente que hace parte del universo y del cosmos en calidad de un cuerpo como tantos otros ubicados en un plano sin jerarquía alguna, pero con una “perseverancia en el ser” que los empuja a establecer permanentemente conexiones con otros cuerpos. Se presenta así un campo de relaciones, de encuentros, de choques entre los cuerpos, donde no existe ningún tipo de categoría entre ellos. En esos encuentros se producen unas afecciones que pueden, en tanto se convierten en signo, adquirir un sentido, convertirse en afecto y, en esa medida, en vectores de potencia de vida.

Por lo tanto habría relaciones que causan afectos que disminuyen la posibilidad de actuar, que interrumpen el flujo de los encuentros y que alejan de la perfección, como por ejemplo, la tristeza. Pero también existen aquellos que proyectan al ser en su capacidad de afectar y ser afectados

Deleuze siguiendo esta misma dirección, propone la noción de sujeto como devenir, en tanto este se estará construyendo permanentemente en virtud de esos encuentros. Desde esta perspectiva no es ya posible hablar de sujeto en términos de entidad diferenciada, tampoco de géneros o de diferencia sexual como fundamento de una subjetividad. El sujeto abordado como devenir abre necesariamente horizontes hacia la comprensión más amplia y consecuente con la gran complejidad de la naturaleza humana.

El devenir referido a verbo más que a sustantivo, está implicando una acción que no deja de darse. Es un “estar siendo” que, por la misma razón no es susceptible de capturarse o definirse. Solo es posible hablar de identidades de momentos, de instantes, de momentos de flujos, de fuerzas, de tiempos velocidades. Son las haecceidades como las partículas de ser que operan como flotantes e independientes y que permiten los devenires como fenómenos de doble captura.

Esas síntesis disyuntivas, son los devenires, que produce todo contacto entre los cuerpos del universo.

El despliegue del ser, como sensibilidad, como forma de la exterioridad, entonces entra a hacer parte importante de este proceso. Sensibilidad como capacidad de hacer conexión con otros cuerpos. Sensibilidad, que también necesita de un ámbito especial, la experiencia, que posibilite los encuentros entre los cuerpos

En este mismo sentido, un ser es un permanente devenir. Existe, es, en la medida en que esté inserto en un campo de relaciones móviles que se están siempre haciendo y deshaciendo para ser siempre otra cosa. Así, cada cosa del universo existe, lo visible y lo invisible: un olor, un sonido, una palabra, un recuerdo, una persona. Se trata del ser en su máxima extensión. Por lo anterior se insiste que el sujeto como devenir obedece más a una geografía que a una historia. Los elementos que se relacionan lo hacen más en un espacio, en una exterioridad, que en un tiempo. El contacto se da entonces en la experiencia

De allí que cualquier hecho aparentemente insignificante, en virtud de su existencia y por tanto, de su potencia, al tomar sentido, puede arrastrar un devenir y convertirse en punto de fuga. Dicho de otra manera, es también un desplazamiento del significante por el sentido que se adquiere al hacer parte de un campo de relaciones.

Emma, pura sensación

“Emma descubría en sus ojos unas chispitas de oro que irradiaban de sus pupilas negras, y hasta aspiraba el olor de la pomada que daba lustre a su pelo. Se sintió presa de una especie de desfallecimiento y se le vino a las mientes el vizconde aquel que la había invitado a bailar en la Vaubyessard, de cuya barba se desprendía este mismo perfume a vainilla y limón que le llegaba ahora de los cabellos de su acompañante. Cerró los ojos sin darse cuenta para aspirarlo mejor. Pero al hacer aquel movimiento de echar la cabeza hacia atrás en el respaldo, distinguió a lo lejos, bajando lentamente la cuesta de Leux, la silueta de “La golondrina” con la larga estela de polvo que iba dejando detrás de sí. Aquel era el mismo coche amarillo que le había traído a León tantas veces, y aquella la carretera por donde se había ido para no volver. Le parecía volver a verlo asomado a la ventana de enfrente a la suya, luego pasaban unas nubes y todo se le confundía en la cabeza, volvía a girar a los sonos del vals en los brazos del vizconde, bajo el resplandor de las arañas, le parecía que León no estaba lejos de ella,

que estaba a punto de llegar... y al mismo tiempo seguía sintiendo sobre sí la presencia de aquella cabeza perfumada del otro. La dulzura de esta sensación se introducía, así, en sus ansias de antaño, y a manera de granitos de arena a merced del viento, revoloteaban sumidos en aquella vaharada tenue de perfume que invadía su alma. Se le dilataban varias veces las aletas de la nariz y aspiraba profundamente el fresco olor de la hiedra que se enredaba a los capitales. Se quitó los guantes y se secó el sudor de las manos. Luego se puso a darse aire en la cara con el pañuelo” (Flaubert, 1982,p.168)

Emma Bovary se nos presenta aquí como un infinito receptáculo de sensaciones, un ser de la “apertura”, dotado de una profunda sensualidad que la lleva a establecer fácil y simultáneamente todo tipo de conexiones con cuerpos olfativos, sonoros, visuales que se le presentan en todos los instantes de su vida. Vemos en este pasaje, un magistral reflejo de lo que es Emma como sujeto del devenir.

Un olor, una visión, aun efímera, logrará transportarla a otros mundos, espacios o momentos. Son verdaderos encuentros de múltiples naturalezas y de gran intensidad que la arrastran en un devenir que da cuenta de su ser. Un ser volátil, indefinible, inasible que adquiere formas como las nubes que se están formando cuando ya comienzan a deshacerse.

Ella misma confundida con el narrador, intuye la naturaleza efímera de sus sentimientos. Así su subjetividad es imposible de aprehenderla, de definirla. ¿Quién es Emma?

“Hubiera deseado tal vez poder hacerle a alguien aquellas confidencias. Pero como hablar de un malestar inaprensible que cambia de apariencia como las nubes y forma remolinos como el viento Le faltaban las palabras, la ocasión, la audacia” (Flaubert, 1982, p.38)

Por eso es posible pensar que en Emma hallamos un sujeto que se disuelve constantemente para ser otro, para sentir diferente, para desear otra cosa. De igual manera, en ocasiones, ella aparece deslocalizada respecto al género. Hay en Emma una transexualidad latente que se insinúa en diferentes ocasiones. Da cuenta de una especie de tendencia a masculinizarse sin temor de perder ante sus amantes, su imagen femenina. Ante bien pareciera que lo hiciera como un desafío y que lo disfrutase plenamente:

“ Llevaba, como un hombre, sujetos entre los dos botones de su corpiño , unos lentes de concha” “Después de cien pasos más adelante se paró

de nuevo y a través del velo, que desde su sombrero de hombre bajaba oblicuamente sobre sus caderas, se distinguía su cara en una transparencia (...)" "a menudo variaba su peinado, se ponía a la china, en bucles, en trenzas, se hizo una raya al lado y recogió el pelo por debajo, como un hombre" (Flaubert, 1982, p.141, 179)

Como lo señaló Michel Serres , Madame Bovary es la novela de la virtualidad.(1) Este personaje siempre dispuesto a la fuga, a la heterogenización, es decir, a querer siempre estar en otro lugar y a querer ser “otro”, nos estaba ya anunciando el surgimiento de una subjetividad nueva o mejor a su borramiento. Desde sus constantes alusiones a Emma en la ventana, mirando las nubes, el cielo, las barcas; hasta su desasosiego con la vida doméstica y con la clase de hombre que le correspondió por destino, nos estamos ya introduciendo a la necesidad de una manera diferente de ver al ser humano.

Desde Madame Bovary se catapultan, se disparan en una proyección explosiva, múltiples e infinitas maneras nuevas de estar en el mundo. Al lado del desarrollo material, técnico y tecnológico, y con los sorprendentes avances en los medios de comunicación, un nuevo ser constituye. Un nuevo ser ontológico se erige con todo lo bueno y todo lo malo que puede traer.

La extremada capacidad de afectación de Madame Bovary, en un medio que le es adverso a las potencialidades de actuación que le suscita, es truncada por unas políticas de individuación que la han capturado y la han hecho presa de las significaciones dominantes, tal como las enuncia Deleuze:

“Siempre estamos prendidos con alfileres en la pared de las significaciones dominantes, hundidos en el agujero de nuestra subjetividad, en el agujero de nuestro yo. Pared donde se ponen todas las determinaciones objetivas que se fijan, que nos cuadriculan, y que nos obligan a reconocer” (Deleuze, 1980, p.22)

Por eso en sus devenires, Madame Bovary sigue unas líneas de fuga que la desteritorializan, pero para ser luego capturada en otra gran mole como es el amor

ideal, apasionado y perfecto tal como lo ha leído en sus libros de juventud. Además la acechan máquinas molaes poderosas como el éxito (se lamenta no tener mayores comodidades y relaciones sociales con la alta nobleza) a las que sucumbe en nuevas territorializaciones que le obturan el transcurrir libre de sus flujos vitales

Las pasiones se pasean solemnes, terribles y burlonas por los espacios de Madame Bovary. Se ríen de ella, la arrinconan y la destruyen sin compasión. Es el absurdo y el sinsentido que domina al hombre y que lo hace pasar de la posición más sublime a la más miserable en un instante.

Y es que ella Emma Bovary es un verdadero paquete de sensaciones, un receptáculo infinito de todo aquello que le llega por esa aberturidad que es su cuerpo entero. Una visión por efímera que sea puede convertirse en el elemento propulsor que la empuja en un devenir donde tienen lugar encuentros de múltiples naturaleza y heterogeneidades: recuerdos, imágenes, sensaciones, sentimientos, objetos, olores.

Madame Bovary es transportada por sus afecciones y por sus afectos en un vaivén de elementos que juegan en su mente y en su cuerpo mientras se confunden y se funden sin permitir aprehenderlos porque tan pronto se están configurando, también se están desvaneciendo para ir a hacer parte de otra composición, de otro devenir .

Emma en su ambigüedad no está sino dando cuenta de su naturaleza profundamente humana. Esa indefinición moral y sexual, por la que ha sido acusada, es lo que hoy quizá empezamos a entender que es el hombre en su esencia. Madame Bovary lanzó gritos que nadie escucha para decir que no es posible ser hombre o ser mujer, porque somos ambos. Querer aprisionarnos en máscaras, comportamiento y ropajes que nos diferencien, es obligarnos a llevar incómodos disfraces que minan nuestra vitalidad y que nos alejan de nuestra verdadera naturaleza humana.

Esta “caprichosa mujer” nos mostraba que el ser humano es ante todo un ser que ama la libertad y la belleza. Ese “apetito de belleza” y de libertad fue lo que

constituyo su gran tragedia, como decía Simone de Beauvoir, quizá le sucedía a Emma lo que a tantas mujeres: buscaba dioses y solo encontraba hombres.

EMMA DEVIENE CIUDAD

“Había un no sé qué de vertiginoso que Emma sentía llegar hasta sí, como una emanación de aquellas vidas amontonadas, y su corazón se henchía profundamente al percibirlo. Era como si de pronto las ciento veinte mil almas que allí palpitaban le estuvieran enviando al unísono el vaho de aquellas pasiones que ella les atribuía. Su amor se ensanchaba a la vista de aquel espacio y se llenaba con el rumoreo de confusos murmullos que subían hasta ella. Proyectaba su amor hacia afuera, hacia las plazas, los paseos y las calles, y la antigua villa normanda se le antojaba una capital desmesurada, una especie de Babilonia por cuyas puertas estaba entrando” (Flaubert, 1982, p. 306)

Madame Bovary nos demuestra acá su extraordinaria apertura hacia la exterioridad. En este fragmento, diríase que hay allí una verdadera conexión entre ella y la ciudad. Se trata de un encuentro entre dos multiplicidades heterogéneas, móviles y variables, que al conectarse realizan una síntesis “disyuntiva” como la llamó Deleuze, en tanto se unen para formar un bloque de devenir, algo nuevo y diferente.

Asistimos aquí a un proceso heterogéneo porque se compone algo diferente que a su vez va a tomar nuevas direcciones. En ese instante Emma Bovary está absolutamente embriagada por el amor y el deseo de ver a su amante. Mira la ciudad desde la colina y siente que esa ciudad la recibe y le transmite “*el vaho de esas pasiones que ella les atribuía*”. Dos reinos se han capturado: Una ciudad y una mujer enamorada para afectarse y formar un bloque móvil que va a devenir otra cosa muy diversa.

Esa es Madame Bovary, pura sensibilidad. En fuga siempre de esa mujer molar en la que fue inscrita socialmente. Pero a una ruptura le siguen siempre territorializaciones, nuevas máquinas de captura que están al acecho. En Madame Bovary su línea de fuga se le convirtió en un movimiento de autodestrucción

Para terminar son interesantes las palabras de Mario Vargas Llosa para referirse a este bello personaje de la literatura:

Ella, como el Quijote o Hamlet, resume en su personalidad atormentada y su mediocre peripecia, cierta postura vital permanente, capaz de aparecer bajo los ropajes más diversos en distintas épocas y lugares, y que al mismo tiempo que universal y durable, es una de las más privativas postulaciones de lo humano, de la que han resultado todas las hazañas y todos los cataclismos del hombre: la capacidad de fabricar ilusiones y la loca voluntad de realizarlas (Vargas, 2006, p.14



33

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Una filosofía de la inmanencia nos presenta la subjetividad humana como un permanente “estar siendo”. Se trata instantes conformados por elementos móviles y heterogéneos que se configuran como subjetividades, producto de conexiones establecidas entre los cuerpos. Estos configuran un entramado de relaciones en la cual los diversos elementos actúan en forma simultánea como causa y efecto, exentos de cualquier tipo de categoría.

³³ Imagen: Pintura hallada en exposición de la casa de la cultura del municipio de Sonsón 2013

El efecto de los cuerpos que hacen parte de ese campo de relaciones, en tanto la capacidad de afectar y ser afectados, pueden entonces generar u obstruir flujos e intensidades vitales. En estos encuentros, es decir de estos acontecimientos, surgen síntesis disyuntivas como devenires que se constituyen como sí mismos, pero que no dan la posibilidad de ser aprehendido en categorías o en definiciones.

Frente a esa capacidad, “perseverancia del ser” como la llamó Spinoza, que involucra todos los cuerpos del universo, el hombre habría de aprender a reconocer aquellos encuentros que le son convenientes de aquellos que no lo son. Es decir, si cada encuentro genera un cambio en la potencia de actuar, aumentándola o minándola, cerrando los flujos, disminuyendo las intensidades, entonces la búsqueda del ser estaría dirigida hacia aquellos afectos que propicien nuevas composiciones vitales y no que las dividan o las clausuren.

Así la humanidad se instala frente a un gran imperativo: enfrentar las grandes moles impuestas desde dispositivos mayoritarios, desde la poderosa entidad molar hombre, desde donde se han determinado unas políticas de individuación sostenidas en una lógica binaria que a nadie ha favorecido.

La disolución de la dualidad hombre- mujer se convierte en una de las principales empresas que debe abordar la mujer. La lucha, dice Deleuze, debe hacerse desde las grandes moles. Ella debe desprenderse de esa molaridad emanada de entes estatales para devenir en minoría mediante desterritorializaciones, líneas de fuga donde el ser pueda emerger en toda su potencialidad.

No es posible ya eludir la responsabilidad común de hombres y mujeres respecto a la construcción de una nueva subjetividad, pero, sugiere Deleuze, a partir de la creación de un cuerpo sin órganos que, como un estado larvario en el sentido de cuerpo inacabado, siempre se está produciendo. Una subjetividad en permanente creación, en un infinito devenir.

En esta dirección, dice Pier Levi, la irrupción del mundo virtual se nos presenta como algo difícil de asimilar en su complejidad, no obstante, la virtualidad trae consigo transformaciones en los modos de ser y estar en el

mundo que ameritan ya una mirada más desprevenida y tranquila. Por la misma razón, no es posible evadir tampoco los novedosos matices que la luz de la virtualidad comienza a arrojar sobre el ser humano. Un ejemplo de ello es la relación con el propio cuerpo de la que dan cuenta las intervenciones, los rediseños corporales que desdibujan el concepto de género como dualidad para dar paso al estallido de un género múltiple, diverso y en constante flujo. En consonancia con lo anterior, el cuerpo en su hibridación con la tecnociencia apunta a la configuración del cyborg como una nueva propuesta ontológica del ser.

Del panorama de la filosofía de la inmanencia emerge entonces una propuesta ética: en el marco del borronamiento del género y del sujeto como identidad. Queda el imperativo de una construcción de sujeto como devenir en tanto creación, como fluido vital de potencia de ser. En relación a la diferencia de sexos, es menester, manifiesta Deleuze, abandonar esa actitud de “mimo” respecto a esas moléculas personales que perpetúan formas de relación entre los sexos basados en una dualidad dictada por políticas de individuación ancestrales. Es acá aplicable la referencia que hace respecto al fascismo:

“Es muy fácil ser antifascista al nivel molar, sin ver al fascista que uno mismo es, que uno mismo cultiva y alimenta, mima, con moléculas personales y colectivas.” (cfr. Deleuze y Guattari 2000: 219).

Es decir, no sólo es enfrentarlo desde la macropolítica, sino desde lo micro, desde los modelos culturales que acechan el deseo. Molecularizar la mujer es quizá la tarea. Preguntarse por las reglas generales, las condiciones, los procedimientos, los mecanismos, todos los elementos que componen los dispositivos de poder creados en torno al sexo femenino. Aquello, como bien lo señalo Foucault, que apunta a esos micropoderes que se construyen, operan y se perpetúan desde las prácticas y discursos cotidianos.

Allí se configura posiblemente el frente al cual debe ofrecer la humanidad mayor resistencia, desde lo molecular. Permitir que esas líneas de fuga reprimidas, ocultas, silenciadas puedan emerger y dar cuenta del ser para posibilitar que éste se produzca “como flujo de intensidades autónomos”

Y así de esta manera, propiciar la emergencia de devenires mujer en el hombre y en la mujer, que potencialicen el estallido de la existencia en toda su multiplicidad



34

TU PARTE DE ADELANTE

(Calamaro)

Soy vulnerable a tu lado más amable

soy carcelero de tu lado más grosero

soy el soldado de tu lado más malvado

y el arquitecto de tus lados incorrectos

soy propietario de tu lado más caliente

³⁴ Imagen tomada de la exposición colectiva de Mujeres artistas colombianas “La novia del viento” en la Universidad de Antioquia, en febrero y marzo de 2014

**soy dirigente de tu parte más urgente
soy artesano de tu lado más humano
y el comandante de tu parte de adelante
soy inocente de tu lado más culpable
pero el culpable de tu lado más caliente
soy el custodio de tus ráfagas de odio
y el comandante de tu parte de adelante
perdiendo imagen a tu lado estoy mi vida
mañana será un nuevo punto de partida
soy vagabundo de tu lado más profundo
por un segundo de tu cuerpo doy el mundo
que más quisiera que pasar la vida entera
como estudiante el día de la primavera
siempre viajando en un asiento de primera
el comandante de tu balsa de madera
que más quisiera que pasar la vida entera
como estudiante el día de la primavera
siempre viajando en un asiento de primera
el carpintero de tu balsa de madera**

aaahhh....

**soy el soldado de tu lado malvado
y el comandante de tu parte de adelante
perdiendo imagen a tu lado estoy mi vida
mañana será un nuevo punto de partida
soy vagabundo de tu lado profundo
por un segundo de tu cuerpo doy el mundo
que más quisiera que pasar la vida entera
como estudiante el día de la primavera
siempre viajando en un asiento de primera
el comandante de tu balsa de madera
que más quisiera que pasar la vida entera
como estudiante el día de la primavera
siempre viajando en un asiento de primera
el carpintero de tu balsa de madera**

aaahhh....

**soy el soldado de tu lado malvado
y el comandante de tu parte de adelante**

aaahhh...

**soy el soldado de tu lado malvado
y el comandante
sólo estoy sólo y estoy buscando
es a alguien que me está esperando
que me entienda y si no me entiende
alguien que me comprende
alguien a alguien para recordar
de memoria cuando estoy de viaje
cuando estoy muy lejos y
soy un vagabundo y camino bastante
alrededor del mundo
pero quiero volver a mi casa
a alguna casa
para encontrar a esa princesa vampira
que respira
que respira y me mira**

<https://www.youtube.com/watch?v=SWJ-EBN4SnE>

Bibliografía

- Amado, J. (1977). *Gabriela clavo y canela*. Argentina: Losada.
- Beauvoir, D. (1949). *El segundo sexo*. España: Siglo XXI.
- Calvino, I. (1995). *Las ciudades invisibles*. España: Minotauro.
- Cuartas, P. (2009). El rey está desnudo. En P. Cuartas, *El rey está desnudo* (pág. 99). Medellin: La Carreta Editores E. U.
- Deleuze Gilles, C. P. (1980). *Dialogos*. Valencia: Pretextos.
- Deleuze, G. (1988). *Mil mesetas*. España: Pretextos.
- Eco, U. (2010). *Historia de la belleza*. Milan: Debolsillo.
- Fincher, D. (Dirección). (1999). *El club de la lucha* [Película].
- Fitzgerald, F. S. (1993). *El gran Gatsby*. Bogota: Norma.
- Flaubert, G. (1993). *Madame Bovary*. Bogota: Norma.
- Foucault, M. (1979). *La microfísica del poder*. Ediciones la Piqueta.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós .
- Foucault, M. (2010). *Historia de la Sexualidad V. 3*. Mexico: Siglo XXI.
- Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. España: Amorrortu.
- Levi, P. (1999). Qué es lo virtual. En P. Levi, *Qué es lo virtual* (pág. 126). Buenos Aires: Paidós.
- Llosa, M. V. (2006). *La orgia Perpetua*. Madrid: Alfaguara.
- Martin, J. C. (2011). Bernard Stiegler: El deseo Singular. *A parte Rei Revista de filosofía*, 2.3.
- Maugham, W. S. (1994). *El velo pintado*. España: PLaza y Janes.
- Pardo, J. L. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pretextos.
- Perrot, M. (2009). *Mi historia de las mujeres*. Bueno Aires: Fondo de cultura economica .
- Saavedra, M. d. (1994). *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Planeta S.A.
- Sierra, N. V. (2007). *Pensamiento y cultura*.

Teresa, D. L. (1992). *Alicia ya no*. Valencia: Catedra.

Tolstoy, L. (s.f.). *Ana Karenina*.

 Universidad Pontificia Bolivariana	Vicerrectoría Académica Sistema de Bibliotecas	Código:
---	---	---------

**LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA PARA LA UTILIZACIÓN
DE OBRAS EN EL REPOSITORIO INSTITUCIONAL DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA**

Analida Lopez Gómez [*nombre completo del autor de la obra*], mayor de edad, vecino del municipio de Bello e identificado(a) con la cédula de ciudadanía número 43427964 de [*nombre completo del autor de Bello*] quien actúa en nombre propio y en su calidad de titular de los derechos de autor sobre la obra titulada "La subjetividad femenina o el devenir mujer" y en adelante se denominarán el LICENCIANTE, por medio del presente acto unilateral concede LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA a la UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA, en adelante el LICENCIATARIO, autorizándola para que, de acuerdo con los fines propios de su actividad, utilice dicha obra en el REPOSITORIO INSTITUCIONAL, de conformidad con las siguientes

CLÁUSULAS

PRIMERA. Objeto. A través del presente acto unilateral, el(los) LICENCIANTE(S) concede(n) LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA, a favor del LICENCIATARIO, sobre la obra titulada "La subjetividad femenina o el devenir mujer" que es entregada en el siguiente formato: PDF

En virtud de la presente LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA, el LICENCIATARIO puede usar y explotar la obra ya descrita, por cualquier medio, soporte o procedimiento, según lo considere necesario, y de acuerdo con las políticas de su Repositorio Institucional, y queda facultado para el almacenamiento, la reproducción, la comunicación pública, la transformación (entendida como adaptación y ajuste de formatos) y la distribución de tal creación intelectual, así como para el ejercicio de todos los derechos patrimoniales de autor sobre la misma.

SEGUNDA. Titularidad. El(los) LICENCIANTE(S) declara(n) que la obra licenciada es un trabajo original suyo y que fue lealmente creada sin hacer uso ilegítimo de los derechos de propiedad intelectual de terceros, por lo que se hace(n) responsable(s) por cualquier reclamación que se haga por estos conceptos y se obliga(n) al saneamiento. Así mismo, declara(n) que tienen la titularidad de los derechos de autor sobre tal obra y que, en esa condición, está(n) facultado(s) para otorgar la presente LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA al LICENCIATARIO.

El(los) LICENCIANTE(S) declara(n) que la presente LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA se hace con el consentimiento de todos los que patrocinaron o participaron en la creación de la obra licenciada y de todos los autores de la misma y que su otorgamiento no contraviene ninguna disposición contractual.

El LICENCIATARIO, por su parte, se compromete a respetar los derechos morales de autor sobre la obra objeto del presente acto unilateral.

TERCERA. Limitación geográfica y temporal. Los derechos concedidos al LICENCIATARIO, en virtud de la presente licencia, podrán ser ejercidos por éste en



Universidad
Pontificia
Bolivariana

Vicerrectoría Académica
Sistema de Bibliotecas

Código:

cualquier lugar del mundo y por el tiempo de protección correspondiente a la obra objeto de esta licencia.

CUARTA. Gratuidad. El(los) LICENCIANTE(S) acepta(n) que la presente LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA se concede a título gratuito, por lo que renuncia(n) a exigir y recibir cualquier retribución por los usos autorizados que, en virtud de este acto, haga el LICENCIATARIO.

QUINTA. Derecho de explotación. El(los) LICENCIANTE(S) se reserva(n) el derecho de explotar, usar y autorizar el uso de la obra licenciada en cualquier momento y a través de otros actos de disposición de sus derechos, siempre que no se vulneren los intereses del LICENCIATARIO.

En caso de que el(los) LICENCIANTE(S) resuelva(n) transferir de manera exclusiva alguno de los derechos objeto de este acto a una persona diferente al LICENCIATARIO, deberá(n) informar con la debida antelación y por escrito a este último, sin perjuicio de la indemnización previa por los perjuicios que le pueda(n) ocasionar a éste.

SEXTA. Sublicencias. El(los) LICENCIANTE(S) autoriza(n) al LICENCIATARIO para sublicenciar todos los derechos adquiridos en virtud del presente acto a otras personas y entidades, en la forma y con los soportes que éste considere.

SÉPTIMA. Usos de los usuarios del Repositorio Institucional. Los usuarios del Repositorio Institucional de la Universidad Pontificia Bolivariana pueden hacer uso de la obra licenciada en los términos de la Ley de Derechos de Autor (Ley 23 de 1982 y demás normas que la modifican). El LICENCIATARIO se exonera de responsabilidad por los usos ilícitos y no autorizados de la obra que realicen los usuarios del Repositorio Institucional, por fuera de los usos permitidos por la ley.

OCTAVA. Normativa. El(los) LICENCIANTE(S) declara(n) que conoce(n) y acepta(n) las políticas del Repositorio Institucional de la Universidad Pontificia Bolivariana y el Estatuto de Propiedad Intelectual de esta institución. De igual forma, acepta(n) que cualquier cambio efectuado en la prealudida normativa no altera los derechos adquiridos por el LICENCIATARIO en virtud de la presente LICENCIA DE USO NO EXCLUSIVA.

En señal de asentimiento y para constancia, el presente acto unilateral se firma en dos ejemplares del mismo tenor, por parte del(los) LICENCIANTE(S), en la ciudad de Medellín a los veintinueve (29.) días del mes de enero del año 2015

Firma: *Análida López Gómez*

Nombre: Análida López Gómez

Documento de identidad: 43427964

Dirección: Cra 63 # 56 16

Teléfono: 206 3771

Correo electrónico: analida.lopez@iecomi.edu.co

Nombre y firma de quien recibe: _____

